



Equipo de redacción



La
Semana
Santa
en Aragón



Equipo 

Dirección:

Guillermo Fatás y Manuel Silva

Coordinación:

M^a Sancho Menjón

Redacción:

Álvaro Capalvo, M^a Sancho Menjón, Ricardo Centellas
José Francisco Ruiz

Publicación nº 80-58 de la
Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón

Texto: M^a Sancho Menjón Ruiz

I.S.B.N.: 84-95306-38-7

Depósito Legal: Z. 963-00

Diseño: VERSUS Estudio Gráfico

Impresión: Edelvives Talleres Gráficos

Certificados ISO 9002



ÍNDICE



| | |
|---|----|
| Introducción | 5 |
| LA FIESTA CRISTIANA | 7 |
| Los orígenes: la Pascua hebrea | 7 |
| Evolución de la fiesta | 9 |
| INICIO DE UN NUEVO CICLO | 12 |
| Relación con mitos clásicos y orientales | 14 |
| LA CUARESMA | 18 |
| “La vieja remolona” | 20 |
| EL RUIDO Y LOS TAMBORES | 22 |
| Tronar de tambores y bombos | 23 |
| Los orígenes: otras variedades de ruido | 29 |
| Teorías sobre su significado | 33 |
| Los primeros tambores | 35 |
| Arraigo de la costumbre: “romper la hora” | 37 |
| DRAMATIZACIONES Y MONUMENTOS | 42 |
| Los dramas litúrgicos | 42 |
| Los Monumentos | 45 |
| El “Abajamiento” | 49 |
| Pervivencias de antiguas dramatizaciones | 51 |
| Pasiones vivientes | 52 |

| | |
|---|-----|
| PROCESIONES Y COFRADÍAS | 55 |
| Las esculturas y “pasos” procesionales | 56 |
| Procesiones: del Domingo de Ramos al de Pascua | 61 |
| Las Cofradías: su origen y desarrollo | 88 |
| Cofradías de Zaragoza | 91 |
| LA RESURRECCIÓN | 99 |
| Ritos de purificación y protección | 99 |
| Mayos y enramadas | 102 |
| EPÍLOGO | 107 |
| Bibliografía | 109 |

*El Equipo CAI100 desea agradecer a Carlos Millán,
Rafael Benito, Mariano Faci y Javier Francés la
colaboración prestada para la realización de este libro*

INTRODUCCIÓN



De finales de febrero a mediados de marzo, según cómo venga de frío el año, de vez en cuando se oye a la gente decir: «Está haciendo tiempo de Semana Santa». El comentario se hace, por lo general, al atardecer, al salir de un lugar cerrado y encontrarse con que, por primera vez desde hace meses, no se siente la necesidad de arrebujarse en el abrigo. Los rigores invernales han acabado, advertimos que ya alarga el día y que, aunque haga viento, no es ya un cierzo helador, sino un aire “hueco”, más tibio, placentero incluso.

Son los primeros barruntos de la primavera que regresa. Y es curioso que, a la hora de traducir en palabras esa sensación, repetida cada año, nos venga a la memoria la Semana Santa; aunque a veces haya transcurrido en mitad de un frío intenso, pues la primavera en sus comienzos es aún muy tornadiza, seguimos asociando los primeros indicios del buen tiempo a la fiesta que, precisamente, celebra su llegada. Porque la Semana Santa, además de la conmemoración del episodio más importante de la religión cristiana, es la festividad que da la bienvenida a la primavera.

Y en Aragón posee muy diversas manifestaciones. Su Semana Santa es conocida internacionalmente por los tambores del Bajo Aragón, en especial los de Calanda, gracias



Almendo en flor, temprana señal del regreso de la primavera

a Luis Buñuel. La fama de las procesiones de Zaragoza ha comenzado también a difundirse fuera de la Comunidad. Pero hay muchos otros lugares que mantienen vivas hermosas tradiciones, antiguamente extendidas por todo el ámbito mediterráneo, que merecen ser reseñadas. *Via Crucis*, representaciones dramáticas, penitentes, luminarias, “monumentos” eucarísticos, judíos y alabarderos, Descendimientos, carracas y matracas, ruidos y silencios, palmas y ramos, huevos de Pascua, “culecas”... De todo ello se hablará en las páginas que siguen. Y, por supuesto, de tambores, procesiones y cofradías. Nos acercaremos, así, a lo que significa esta rica y compleja celebración para muchos aragoneses.

LA FIESTA CRISTIANA



La Semana Santa conmemora la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo, desde el Domingo de Ramos hasta el domingo siguiente, el de Resurrección o Pascua. Este último día es el más importante para los cristianos y rige su calendario litúrgico, pues no se celebra en una fecha fija, sino que depende de los ciclos solar y lunar: debe coincidir con el domingo que sigue a la primera luna llena de primavera. Como el equinoccio es el 21 de marzo, la fecha más temprana en que puede tener lugar la Pascua es el día 22 (si la luna llena coincide con el equinoccio y al día siguiente es domingo) y la más tardía, el 25 de abril (si el primer plenilunio primaveral es el 18 de abril y, además, cae en domingo).

En función de la Pascua se fijan las demás fiestas móviles del año y el inicio de la Cuaresma. Lógicamente, también dependen de ella las fechas del Carnaval.

LOS ORÍGENES: LA PASCUA HEBREA

En un principio, la única celebración de los cristianos era el domingo, día del Señor (*Dominica dies*). En él conmemoraban la Resurrección de Cristo, pues ésta se había producido, según Mateo (28,1), «después del sábado, al alba, en el primer día de la semana».

Sin embargo, pronto se instituyó una fiesta más solemne, con idéntica función que el domingo pero con carácter anual, a imitación de la Pascua hebrea o *Pesab*. Esta fiesta tenía lugar el 14 del mes de Nisán, en la primera luna llena de la primavera, para recordar la liberación del pueblo hebreo cautivo en Egipto. Según el *Éxodo*, Dios ordenó ese día a los israelitas, a través de Moisés, que sacrificasen un cordero y marcasen sus viviendas con la sangre del animal: «La sangre en vuestras casas será señal de que vosotros estáis dentro: yo veré la sangre y pasaré más allá, no habrá para vosotros flagelo de exterminio cuando yo hiera el país de Egipto». Al parecer, esta fiesta derivaba de otra más arcaica en la que los pastores celebraban la llegada de la primavera con el sacrificio de los primeros corderos nacidos del rebaño; su sangre se esparcía luego por las casas y los ganados, para protegerlos y propiciar su fecundidad. Así, pues, constituía un rito de paso del invierno hacia la primavera.

Con el tiempo, a esa festividad se unió la denominada “de los ázimos” o *Massot*, propia de agricultores, que tenía lugar al comienzo de la siega: se ofrecía en el santuario la primera gavilla obtenida y se comía durante una semana pan sin fermentar de la nueva cosecha. Era otro rito propiciatorio de abundancia y fertilidad, que se incorporó a la tradición hebrea asociado a la Pascua.

Ésta era, en tiempos de Jesús, la principal fiesta judía. La fiesta cristiana, su sentido y su fecha se deducen de los



Escena de la Pasión viviente de Alcorisa (Foto: J. A. Hernández)

Evangelios: Jesús era el nuevo Cordero Pascual cuyas muerte y sangre procuraban vida a la Humanidad. A diferencia del cordero judío, el Cristo sacrificado resucita y, con ello, redime a los hombres de la muerte eterna.

EVOLUCIÓN DE LA FIESTA

Las primeras referencias sobre la Pascua cristiana datan del siglo II: según la *Epistola Apostolorum* (hacia 150), en la Pascua los cristianos pasaban la noche leyendo las Escrituras, tras lo que comían en hermandad en recuerdo de la

Última Cena y a la espera del regreso de Cristo. Pero ya a finales de ese siglo hubo polémica sobre la fecha en que debía celebrarse: las iglesias de Asia Menor siguieron haciéndolo el 14 de Nisán; las occidentales, sin embargo, preferían el domingo siguiente al plenilunio, para desvincularse del rito judío y subrayar la novedad del cristianismo, esto es, la conmemoración de la Resurrección.

La polémica alcanzó su cenit cuando el papa Víctor I (189-199) quiso excomulgar a los cristianos orientales. La mediación de los obispos, sin embargo, logró disuadirle de tan drástica medida.

Otros impedimentos dificultaban el acuerdo entre los cristianos: por un lado, las inexactitudes de los calendarios, distintos, además, en cada sitio. Por otro, diferencias en el cálculo del equinoccio, fecha de referencia para fijar la Pascua; éstas fueron zanjadas en el Concilio de Nicea (325), que lo estableció en el 21 de marzo.

La fiesta arraigó de tal modo entre los cristianos que ya en el siglo III formaba un ciclo de cincuenta días (*pentekosté*), vividos como una única etapa de alegría pascual. Además, lo que empezó siendo una sencilla vigilia nocturna pronto se vio precedida de varias jornadas de ayuno que formaron un “triduo” pascual: viernes, sábado y domingo, dedicadas, respectivamente, a recordar la muerte, sepultura y resurrección de Cristo. En el siglo IV, los escritos de San Ambrosio y San Agustín dan fe de esa

situación. El ayuno se extendió también a varias semanas, dando lugar a la Cuaresma.

En tal ampliación influyó decisivamente la forma que adoptó la fiesta en Jerusalén: durante la Pascua se recorrían los escenarios de la Pasión, según relata en su *Itinerarium* la monja Egeria. Esta mujer hispana, que viajó a los Santos Lugares hacia el año 400, narra cómo se conmemoraba la entrada de Jesús en la ciudad, el Domingo de Ramos; y alude a la vigilia del jueves por la noche en el Monte de los Olivos, a la lectura comunitaria, en la mañana del viernes, del proceso de Jesús ante Pilatos, y al recuerdo de la aparición del Resucitado a los Apóstoles, el domingo.

Hacia el siglo IX se incorporó a la fiesta el Jueves Santo y el triduo pascual se duplicó: uno, dedicado a la Pasión (jueves, viernes y sábado) y otro, a la Resurrección (domingo, lunes y martes *in albis*). Pío XII (1939-1958) devolvió su unidad al misterio pascual. La vigilia de la noche del sábado, anticipada a la mañana e inserta en el triduo de la Pasión, volvió a su lugar y el Concilio Vaticano II (1962-1965), que señaló la Pascua como el momento culminante del año litúrgico, reorganizó la fiesta como síntesis del acontecimiento de la salvación cristiana.

INICIO DE UN NUEVO CICLO



Ni la Semana Santa ni la Cuaresma incluyen, en principio, elementos tan propios de la fiesta como el bullicio, la abundancia de comida y bebida o la música y los bailes. Al contrario, parecen constituir una exaltación de la tristeza, el sufrimiento y la muerte. Pero muchas de sus manifestaciones dejan entrever que, en realidad, subyace en ellas un intenso canto a la vida. Porque la Semana Santa es la culminación del periodo invernal, iniciado con el solsticio, el 22 de diciembre; pero en sus últimos días, con la alegría de la Pascua, abre el de la primavera, que es, para la Naturaleza, el verdadero inicio del año.

El invierno es un periodo de indefinición, de oscuridad; para que desemboque en la anhelada revitalización de los campos, el hombre lleva a cabo rituales diversos, pero que muestran muchos paralelismos. Las ruidosas cencerradas navideñas o carnavalescas, las hogueras o el desenfreno subversivo de Carnestolendas, con sus disfraces, máscaras y la quema del “pelele”, son ejemplos de ritos con un mismo fin: la regeneración de la vida, su salvaguarda por encima de los muchos peligros que la acechan, sobre todo en periodos críticos como el invernal.

Sus similitudes con algunas manifestaciones de la Semana Santa son evidentes: como veremos, también ahora

salen encapuchados con la cara cubierta, se hacen ruidos atronadores, se queman muñecos que representan a Judas o a la Cuaresma... Elementos considerados una transposición de hábitos carnavalescos y que son, de hecho, la continuidad de los rituales característicos del invierno (no sólo del Carnaval), que tienen aquí su punto final. En su seno, se mezclan y confunden con los que celebran la llegada de la primavera. La propia conmemoración cristiana de la Muerte y Resurrección del Señor es, en sí misma, una síntesis de esta visión: una vida que acaba pero que, acto seguido, renace con más fuerza, un ciclo que termina y que abre la puerta a otro nuevo, más vital.

Hay otros aspectos de la fiesta que pueden ser interpretados como ritos propiciatorios de fertilidad y abundancia: se colocan ramos bendecidos en los campos o en las casas; se rocían las habitaciones con agua bendita; se comen tortas en cuya masa van embutidos huevos duros, símbolo de resurrección; se atesoran objetos capaces de ahuyentar las tormentas durante todo el año; se hacen enramadas en los balcones de las muchachas y se plantan mayos; la Iglesia enciende el fuego nuevo y bautiza a los nuevos miembros de la comunidad... Muchas de estas prácticas son anteriores a la configuración de la Semana Santa. Pero se han mantenido, con toda probabilidad, por la coincidencia de su significado con el misterio religioso que se conmemora: la zozobra ante la muerte, la esperanza en la continuación de la vida.

Debe recordarse también que, en Roma, antes de la reforma del calendario por Julio César (46 a.C.), el año empezaba el 1 de marzo. Cuando esa fecha se cambió al 1 de enero, algunos de los festejos de año nuevo pasaron a ese día, pero otros se mantuvieron en marzo, época que se sentía verdaderamente como el inicio de un nuevo ciclo.

RELACIÓN CON MITOS CLÁSICOS Y ORIENTALES

Además de la Pascua hebrea, la celebración de la Semana Santa posee otros antecedentes que hunden sus raíces en las religiones místicas orientales, difundidas en Roma durante el Bajo Imperio, y en la mitología clásica. En todos los casos se conmemora la muerte y resurrección de una divinidad a las puertas de la primavera.

Así, a mediados de marzo tenían lugar en Roma unas fiestas de origen frigio en honor a Atis. Narra el mito que la diosa Cibele se enamoró de él locamente y se opuso a su matrimonio con una mujer. El día de la boda, Cibele, celosa, lo hizo enloquecer y el muchacho se castró y murió desangrado. La diosa, horrorizada, pidió a Zeus que le devolviese la vida. Una versión de la leyenda afirma que éste no accedió, pero que hizo que su cuerpo no se descompusiese nunca; otra cuenta que el muchacho resucitó transformado en un pino siempre verde.

Los rituales que revivían esta historia se iniciaban en el plenilunio de marzo, en que los romanos situaban sus

“idus” (día 15), con un periodo de penitencia. El día 22 comenzaban las *Tristia*, que recordaban la muerte de Atis; los sacerdotes llevaban hasta el templo de Cibeles un tronco de árbol adornado con bandas de lana y guirnaldas. El 24, el “día de la sangre” (*sanguinis dies*), los fieles se flagelaban, se herían con cuchillos y llegaban a automutilarse, como Atis, mientras bailaban al son de címbalos, carracas y tambores. El 25 se conmemoraba la resurrección de Atis en la fiesta *Hilaria*; los sacerdotes metían el tronco del árbol dentro del templo, donde permanecía hasta el año siguiente, y anunciaban que también los seguidores de Atis triunfarían sobre la muerte. Tras un día de reposo, el 27 se realizaban abluciones y se conducía la imagen de Cibeles hasta el río, donde recibía un baño purificador.

Estas ceremonias, interpretadas como un tributo a la tierra infértil del invierno, para regenerarla y fertilizarla con la propia sangre derramada, presentan evidentes semejanzas con los ritos pascuales. También se han puesto en relación con las figuras de los disciplinantes, características de las procesiones de Semana Santa.

Tras el equinoccio de primavera tenían lugar, por otra parte, las *Adonías*, fiestas de la resurrección de Adonis, de origen fenicio y adoptadas en Grecia. La belleza de Adonis, según el mito, cautivó a Afrodita, diosa del amor, y a Perséfone, esposa de Hades y reina, por tanto, del mundo subterráneo. Zeus zanjó la disputa haciendo que el efebo

viviera con Perséfone en el averno durante los meses de otoño e invierno y regresara con Afrodita en primavera y verano. Adonis, sin embargo, fue muerto por un jabalí (personificación ya de Hades, ya de Ares, los celosos esposos de esas diosas), tras lo cual resucitó para ser inmortal.

Dioniso era otra divinidad que simbolizaba la muerte y la vuelta a la vida. Durante sus fiestas, las *Antesterias*, sus devotos pasaban de la honda tristeza por su pérdida a la mayor alegría, cuando resucitaba.

Finalmente, está Mitra, cuyos seguidores celebraban, en el equinoccio de primavera, el nacimiento del mundo y su futura renovación al final de los tiempos. Se recordaba que Mitra, por orden del Sol, había sacrificado un toro que el dios del mal, Ahrimán, intentó corromper enviando sobre él animales inmundos. Las fuerzas maléficas fracasaron y Mitra celebró un banquete en el que fue consumido el animal. Los creyentes proclamaban que Mitra regresaría a la Tierra para resucitar a los justos, con quienes tomaría la bebida de la inmortalidad.

Muchos de estos ritos fueron reinterpretados y asimilados por el cristianismo, en los abundantes casos en que no se consiguió que las gentes los abandonasen. Las antiguas prácticas, muy vinculadas a una religión naturalista de carácter cósmico o agrario, relacionaban al hombre con las fuerzas de la Naturaleza de una manera más directa y sentida que los nuevos rituales cristianos y permanecieron por

siglos arraigadas en las costumbres del pueblo. En la Edad Media eran frecuentes las quejas de los obispos sobre la entrega de los fieles —y aun de los propios sacerdotes— a ritos paganos. A ello contribuían no poco la complejidad de la liturgia cristiana y el carácter extremadamente sobrio, amén de incomprendido, de sus ceremonias.

El cristianismo fue enriqueciendo sus fiestas al objeto de expresar más claramente su simbolismo y, a la vez, aumentar la participación de los fieles. Y terminó consiguiéndolo, mediante un lento proceso de asimilación en el que asumió como propios algunos de esos hábitos populares.



Mitreo en los sótanos de la iglesia de San Clemente, Roma (Foto: J. F. Ruiz)

LA CUARESMA



El periodo penitencial previo a la celebración de ciertas solemnidades tampoco fue innovación cristiana. Tanto en el mundo grecorromano como en el oriental y hebreo, era corriente guardar varios días de ayuno y no consumir determinados alimentos, como preparación espiritual a las fiestas más importantes.

Entre los cristianos, el ayuno durante el Viernes y el Sábado Santos existía ya a mediados del siglo II en Roma, pero como Cuaresma propiamente dicha, es decir, como ciclo penitencial de cuarenta días, no se documenta hasta finales del IV. Su duración fue variable, pero se tendió a preferir la de cuarenta días por los que Jesús permaneció en el desierto, los que ayunaron Moisés y Elías, o los que duró el Diluvio. Desde el siglo XIII, esa tendencia se impuso como regla general.

Hoy son 38 días, desde el Miércoles de Ceniza hasta el anochecer del Jueves Santo, excluidos los domingos. Su nombre deriva de la expresión *Quadragesimae dies*, en la que “Cuadragesima” se abrevió en Cuaresma. El Miércoles de Ceniza se llamó, inicialmente, *Caput Quadragesimae* o *Caput ieiunii* (“principio de la Cuaresma” o “del ayuno”). Su nombre actual se debe a la costumbre, atestiguada desde el siglo X, de imponer ese día a los fieles, en la frente

o sobre la cabeza, una señal hecha con ceniza, como recordatorio de la caducidad de la vida terrena. Era tradición que esas cenizas procediesen de ramos de olivo bendecidos el año anterior, en el Domingo de Ramos.

La Cuaresma adquiere su auténtico sentido en oposición al desenfreno del Carnaval, tras el que era preciso un periodo de purificación. En la Edad Media, las prescripciones sobre el ayuno y la abstinencia fueron muy severas, no se permitía ninguna distracción ni actividad social, incluidos los baños. Las penas por incumplimiento podían ser muy graves, tanto pecuniarias como en forma de castigos corporales.

Con el tiempo, el rigor en el ayuno se mantuvo únicamente en los primeros veinte días: en los restantes, se guardaba sólo en las horas de sol, pero al atardecer se organizaban comilonas, al modo del *ramadán* musulmán. Esa costumbre, hoy perdida, está relacionada con la tradición de la “vieja remolona”.



*La Cuaresma, con sus atributos culinarios
y sus característicos siete pies*

“LA VIEJA REMOLONA”

La Cuaresma, periodo sin fiestas volcado al sacrificio y a la penitencia, se representó como una vieja flaca y alta que llevaba una cesta con verduras y un bacalao seco. Hecha en cartón o madera, se le colocaban siete pies, uno por cada semana de las que duraba. Conforme éstas pasaban, se le iban arrancando pies.

Un único rito, que pervive en varios puntos de España y del Sur de Europa, rompía el recogimiento de estos días: el de “matar” o “serrar a la vieja”. A mitad de Cuaresma, los niños salían con un muñeco o un trozo de madera y pedían por las casas, parándose a serrarlo mientras cantaban coplillas y recogían lo suficiente para hacer una merienda. En algunos pueblos de Huesca se conserva una tradición relacionada con ésta. En Alcubierre, los chicos salen por las calles, el tercer miércoles de Cuaresma, con una escoba que cubren con un pañuelo y a la que llaman “la vieja remolona”. Guardan en una cesta lo que les dan (embutido, huevos, dinero) y van cantando una canción petitoria. También en Torres de Montes los niños salen a pedir con un muñeco, “O viejo remolón” (*O viejo remolón no quiere comer pan, sólo chocolate y chulla si le dan...*), vestido con ropas viejas y que después es quemado.

En Italia, la costumbre tiene que ver con la *Befana* (la “Epifanía”), bruja buena navideña que deja regalos a los niños y que después es aserrada o quemada. Si se la sierra,

deja caer dulces o regalos, igual que la vieja con la que se hace lo propio a mitad de Cuaresma, que va cargada de uvas, castañas, fruta, etc. Los estudiosos afirman que se trata de «una ceremonia de paso [...] hacia el año nuevo. Se celebra la muerte del año viejo, es decir, de la “comadre seca”, de la Vieja Madre Naturaleza de la que renacerá la Naturaleza joven». Sus regalos son las simientes que ofrece al morir para que la vida brote otra vez. Y no anda muy alejado este significado del que se otorga a la tronca navideña, a la que se golpea para que dé regalos.



*Mitad de Cuaresma (Partir la vieja),
dibujo de Goya*

Hasta 1868 existió en Zaragoza una costumbre también llamada “matar la vieja”. El 25 de marzo, los chavales de San Pablo y el Portillo, armados con palos y estacas, iban en procesión a la iglesia de San Pablo; allí daban golpes en el suelo, organizando gran estruendo. Después, continuaban hasta el Portillo, golpeando las puertas de las casas. Esta tradición, ya muy desfigurada, puede relacionarse con las mencionadas, pero también con la de “matar a los judíos” en Jueves Santo, de la que se hablará más adelante.

EL RUIDO Y LOS TAMBORES



No es extraño que la Semana Santa del Bajo Aragón goce de una fama tan singular. Quienes la conocen coinciden en calificarla de sobrecogedora y afirman que se trata de una vivencia inolvidable. Sus protagonistas confiesan, sencillamente, que son incapaces de explicar lo que se siente. Se dice que “el tambor se lleva en la sangre”, afirmación que sólo resulta exagerada para los ajenos a este rito, porque su significado para los tierrabajinos es muy claro: alude al irresistible deseo de tocar, cultivado desde la infancia y transmitido a través de las generaciones, “del abuelo al nieto”.

Nueve pueblos forman la “Ruta del Tambor y el Bombo”: Híjar, Calanda, Alcañiz, Samper de Calanda, La Puebla de Híjar, Urrea de Gaén, Albalate del Arzobispo, Alcorisa y Andorra. En los tres primeros, la costumbre de tocar el tambor multitudinariamente es más antigua que en el resto; pero la pasión por el toque es igual de intensa en todos.

Excepto en Alcañiz, donde no se espera a que la autoridad dé permiso para empezar a tocar, a medianoche en punto del Jueves Santo (a mediodía del Viernes, en Calanda) se “rompe la hora”: cientos, miles de tambores y bombos inician su toque al unísono, organizando un estruendo de tales proporciones que parece que el mundo se fuera a



Romper la hora en Calanda, el Viernes Santo (Foto: J. A. Hernández)

venir abajo. El momento mágico, estremecedor, de ese estallido puede dejar aturdido a quien lo presencia. Todos dicen después que es una locura, que vibran y se estremecen desde el propio cuerpo hasta los cimientos de las casas; ensordecidos, sólo pueden ser conscientes del sonido atronador que les envuelve, que lo penetra todo. Pero aún aturde más comprobar que el ruido no cesa al cabo de un rato, ni en toda la noche, ni al día siguiente...

TRONAR DE TAMBORES Y BOMBOS

En Híjar, después de “romper la hora”, las cuadrillas de tambores se van dispersando por el pueblo sin dejar de

tocar, aunque parando, eso sí, por casas y bares para tomar algo y reanimar las fuerzas. Ahora no se trata ya de “hacer ruido”, sino de reproducir toques, armónicos y acompañados, perfectamente conocidos por todos. Cuando se juntan dos cuadrillas, cada una trata de confundir a la otra e imponer su toque.

A las dos de la madrugada vuelven a reunirse para acompañar a “los Despertadores”, quizá el episodio más íntimo y emotivo de la Semana Santa, en el que un grupo de hombres, llamados “Rosarieros”, va entonando unas letrillas que recuerdan las estaciones de la Pasión. De trecho en trecho, la procesión se detiene, los Rosarieros colocan un farol en el suelo y, a su alrededor, comienzan a cantar. Los tambores enmudecen y sólo rompen el silencio las voces, que desgranán sus conmovedoras coplas:

¡Ay de mí!
¡Triste de mí!
¡Ay, ay, ay!
Mi corazón, rómpete de compasión,
que Jesús murió por ti.
¡Ay de mí, mi Dios!
Sin vos
¿qué será de mí, Señor?

Los Rosarieros salen en la madrugada de las fiestas señaladas e invitan a los vecinos, con sus cánticos, a acudir al Rosario de la Aurora. Pero su actuación en la noche del Jueves Santo es la más destacada del año. Al acabar, las

cuadrillas vuelven a dispersarse y siguen tocando durante toda la noche. Al día siguiente, acompañan la “bajada de las imágenes”, comitiva que desde el Monte Calvario conduce los pasos procesionales hasta la iglesia. El toque que se repite en todas las procesiones hijaranas se llama, precisamente, “las imágenes” y es uno de los más populares. Tambores y bombos continúan sonando por la tarde, durante la procesión del Pregón; y por la noche, mientras desfilan en la del Santo Entierro.

A la mañana siguiente, tras una nueva noche envuelta en el fragor de los redobles, sale la procesión de la Soleidad. Finalmente, a las seis de la tarde se “suben las imágenes” de regreso al Calvario. Es otro momento de particular



Los Rosarieros de Híjar (Foto: J. A. Hernández)

intensidad, en el que se toca con renovada energía, por ser los últimos instantes que quedan para hacerlo hasta el año siguiente. En efecto, cuando los pasos terminan de entrar en la ermita, los tambores callan y se hace el silencio.

Similares, pero con personalidades diferentes

Lo dicho para Híjar cabe repetir para el resto de las localidades de la “Ruta” tierrabajina. En Calanda, otro de los pueblos con más tradición, y el más conocido gracias a Luis Buñuel, la intensidad de la experiencia es idéntica, aunque cabe señalar algunas peculiaridades. Se “rompe la hora” a mediodía del Viernes Santo, con el toque de “la palillera”, y se toca en cuadrillas hasta las tres de la tarde, cuando los tambores y bombos enmudecen, durante bre-



“Alabarderos” de Híjar (Foto: Archivo L. Serrano)

ves instantes, para que pueda oírse “el Pregón” que anuncia el Santo Entierro.

También al anochecer hay otro momento en que dejan de sonar: cuando sale la procesión de “la Soledad”, acompañada por las voces de los hombres que cantan las “saetas de la Pasión”, letrillas entonadas sin acompañamiento. A su término, se reanudan los toques con nueva energía para no cesar hasta el día siguiente, a las dos de la tarde, hora fijada para su conclusión.

Antes, en la mañana del viernes, habrá tenido lugar la procesión del Santo Entierro. En ella destacan los popularmente llamados “putuntunes”, compañía de soldados romanos que marcan el paso golpeando sus lanzas contra el suelo. A su lado va Longinos (el soldado que se convirtió tras atravesar con su lanza el costado de Jesús), vestido con una reproducción de la armadura medieval que donó Felipe IV a Miguel Pellicer —el del “milagro de Calanda”— en el siglo XVII y que se utilizó en las procesiones hasta finales del XIX.

Los tambores de Calanda, en las memorias de Luis Buñuel

«Existe en varios pueblos de Aragón una costumbre que tal vez sea única en el mundo, la de los tambores del Viernes Santo. Se tocan tambores en Alcañiz y en Híjar. Pero en ningún sitio con una fuerza tan misteriosa e irresistible como en

Calanda. Esta costumbre, que se remonta a fines del siglo XVIII, se había perdido hacia 1900. Un cura de Calanda, mosén Vicente Allanegui, la resucitó.

[...] Es una ceremonia colectiva impresionante, cargada de una extraña emoción, que yo escuché por primera vez desde la cuna, a los dos meses de edad. Después, participé en ella en varias ocasiones, hasta hace pocos años [...]. Ignoro qué es lo que provoca esta emoción, comparable a la que a veces nace de la música. Sin duda se debe a las pulsaciones de un ritmo secreto que nos llega del exterior, produciéndonos un estremecimiento físico, exento de toda razón. Mi hijo Jean-Louis realizó un corto, *Les tambours de Calanda*, y yo utilicé ese redoble profundo e inolvidable en varias películas, especialmente en *La edad de oro* y *Nazarín*.

Hacia mediodía del Viernes Santo, la multitud se congrega en la plaza [...]. A la primera campanada de las doce del reloj de la iglesia, un estruendo enorme, como de un gran trueno, retumba en todo el pueblo con una fuerza aplastante. Todos los tambores redoblan a la vez. Una emoción indefinible, que pronto se convierte en una especie de embriaguez, se apodera de los hombres.

[...] Los tambores, fenómeno asombroso, arrollador, cósmico, que roza el inconsciente colectivo, hacen temblar el suelo bajo nuestros pies. Basta poner la mano en la pared de una casa para sentirla vibrar. La naturaleza sigue el ritmo de los tambores que se prolonga durante toda la noche».

(Luis Buñuel, *Mi último suspiro*, Barcelona, 1982)

En Alcañiz se toca el tambor, no el bombo, y los alcañizanos presumen de ser los tocadores más hábiles de la comarca. Se decía que eran muy solicitados en los regimientos militares para confiarles las plazas de tambores.

Según noticias de mediados del siglo XIX, con los diferentes toques se podía, además, establecer un diálogo entre parejas: el de diana significaba declaración de amor; las marchas, amor correspondido; la calacuerda, amistad; el redoble simple, una contestación cortés para no desairar; y el de fajina, rechazo.

Hay un último aspecto que excita la curiosidad de los turistas: el de la sangre que mana de los nudillos cuando se lleva mucho rato tocando y que tiñe los parches de los bombos. Para algunos tierrabajinos, esas manchas evidencian, simplemente, que no se sabe tocar. Para otros, sin embargo, constituye una especie de sacrificio, de ofrenda, o una señal del frenesí que se ha puesto en el toque, por lo que exhiben las marcas con orgullo.

LOS ORÍGENES: OTRAS VARIETADES DE RUIDO

Para tratar de desentrañar el origen de esta tradición en el Bajo Aragón, es necesario analizar la costumbre generalizada de hacer ruido durante la Semana Santa, de la que aún quedan evidencias en muchos pueblos de Aragón y en buena parte de la Europa mediterránea.

Carracas y matracas

Como en todo el orbe cristiano, en Aragón también callan las campanas durante la Semana Santa. Al alzarse la hostia en la misa vespertina del Jueves, echan a volar por última vez hasta el Sábado de Gloria, pues su silencio es señal de luto por la muerte de Cristo. Por ello, en esos días, se convocaba a los oficios con carracas, matracas, tabletas o dobleras.

Aún se conservan grandes matracones de madera en las torres de algunas iglesias, como en la zaragozana de San Pablo o en las parroquiales de Samper de Calanda, Tauste, Alcalá de Moncayo, Calamocha o Roda de Isábena, entre otras. Pero lo habitual era que los críos recorrieran las calles haciendo sonar pequeñas matracas de mano y cantando coplas, como en Fréscano:



Las tradicionales matracas (Foto: Archivo Oral de las Cinco Villas)

*¡Fieles cristianos, a los maitines,
que nos esperan los serafines!*

Sin que faltase la versión
jocosa:

*¡Fieles cristianos, a los maitines,
que el cura no tiene calcetines!*

El hábito de tocar carracas por las calles (o acompañando a las procesiones, como en Albalate y Valderrobres) estaba muy difundido en el Bajo Aragón. En Muniesa, matracas y “ruideras” se oían durante toda la noche del Viernes Santo. En Mazaleón, los niños iban al “Forat de les Matraques”, donde emparedaban a dos de ellos tapando la boca del “forat” con grandes piedras. Los de fuera tocaban las matracas hasta que los de dentro lograban salir, con gran esfuerzo. Se simbolizaba así la resurrección de Cristo.

“Matar a los judíos”

Las carracas no sólo se tocaban por la calle, sino también en la iglesia, en el denominado “matajudíos” o “matajueus” (comarca del Matarraña) y, también, “matar a María” (Alcañiz) o “matar los moros” (altas Cinco Villas). En la noche de Jueves Santo, al acabar los Oficios de Tinieblas, cuando se extinguía la luz de la última vela del “tenebrario” (candelabro con quince velas que se iban apagando según se leían los salmos) y la iglesia quedaba a oscuras, todo el mundo comenzaba a dar golpes en los bancos, el suelo, las puertas y los confesionarios con piedras, palos, mazos, pies y manos; sonaban las carracas, se chocaban los bancos contra el suelo... En definitiva, se organizaba un estrépito horroroso. Eran los niños y jóvenes quienes se dedicaban a ello con más entusiasmo, pero también la gente mayor, disimuladamente, se entregaba con gusto a aquel jolgorio. En Samper de Calanda, según A. Abadía, se

recuerda que esa noche los jóvenes, «vestidos de caperuces y “mangritones”, daban vueltas por las naves rompiendo cañas en las cabezas de los zagales enredadores y clavando con “chinchas” las sayas de las viejas durmientes en la madera de los arrodilladeros de los bancos».

La costumbre estaba muy extendida. En algunos sitios “se mataba a los judíos” por la calle, como en Uncastillo y Erla, donde los niños gritaban:

*-¿Ande está el diablo?
-¡En casa el Calvo!
-¡Pues a sacalo y a matalo!*

Y en Santolaria:

*-¿Ande está Cristo?
-En casa Evaristo.

-¿Ande está Dios?
-En casa Monrós.
-¿Ande está el diablo?
-En casa Escario.
-¡Hala, a matalo!
¡hala, a matalo!
¡hala, a matalo!*

Algo parecido se cantaba en Huesca, donde, además, el Martes Santo se celebraba la llamada “procesión de los mazos”: cuando terminaba la del Encuentro (que explicamos más adelante), los chavales golpeaban con mazos de madera las puertas y bancos de la calle y los cajones

que sacaban para la ocasión los comerciantes (con intención de que dejaran sus puertas en paz). En el Alto Ésera y las Cinco Villas, o en Torrecilla de Alcañiz, en el Bajo Aragón, también se apaleaban las puertas de los vecinos para “matar a los judíos”.

Golpear las puertas remite a la tradición, ya comentada, de “matar la vieja” o “serrar la vieja” en la Cuaresma. Y también, como se verá, a la de “sacar la Cuaresma de las casas” el Sábado de Gloria, ceremonia que en varios pueblos oscenses se llama “matar los judíos o sacar la Cuaresma” y, también, “sacar los judíos de las casas” (El Grado).

TEORÍAS SOBRE SU SIGNIFICADO

La costumbre de hacer ruido está relacionada, según los antropólogos, con el deseo de alejar el mal en cualquiera de sus vertientes: espíritus malignos, desgracias, plagas, etc.; se trata, en definitiva, de ahuyentar el miedo. El hombre, sujeto a la acción de fuerzas descomunales, siente que *debe actuar* para conjurar las adversidades. Expuesto a las malas cosechas, a la enfermedad o a las calamidades, en lugar de resignarse crea procedimientos para atraer la buena fortuna y eludir los infortunios futuros.

Se hace ruido, sobre todo, en las épocas “de paso”, de cambio de un ciclo a otro: los ruidos de Semana Santa son, como las cencerradas de las fiestas de invierno, ritos

nacidos para favorecer la fecundidad del periodo que empieza. Al ignorar si ese tiempo traerá fortuna o penas, el hombre trata de comunicarse con las fuerzas superiores para que le favorezcan. Ofrece sacrificios a la divinidad y procura estar a bien con los muertos que, en fechas cruciales del año, regresan y vagan cerca de los vivos, con fuerza para protegerles, pero también para hacerles daño. Por ello conviene presentarles ofrendas y, cuando concluyen su función, estimular su regreso al inframundo. Ello se logra con el ruido atronador, el estruendo continuado, que los ahuyenta a la vez que se les indica el camino encendiendo luces en su recorrido: como veremos, en muchos pueblos las luces siguen el trayecto de las procesiones y, a veces, llegan hasta el Calvario local.

En la liturgia de Semana Santa, también Cristo muere y baja a los infiernos, redime a los muertos y resucita. Él mismo. Hasta ese momento, sin embargo, el miedo y la confusión se apoderan del mundo. En el instante terrible de su muerte, además, «la cortina del templo se rasgó de arriba abajo en dos partes, la tierra tembló y se hendieron las rocas; se abrieron los monumentos y muchos cuerpos de santos que dormían resucitaron, y salieron de los sepulcros» (Mateo, 27, 51-56). En la interpretación más extendida y tradicional, este pasaje evangélico explica el toque de los tambores en el Bajo Aragón como reproducción del estruendo y los cataclismos desencadenados tras la muerte del Redentor.

LOS PRIMEROS TAMBORES

Se ha hablado del ruido hecho con matracas y carracas o a base de golpes y mazazos. Pero ¿y el tambor? ¿Cuándo se empieza a tocar?

Es característica de la Semana Santa de muchos pueblos la llamada procesión “del Pregón”, que informa al vecindario de la condena a muerte de Cristo y le convoca a acudir a su Entierro, en la noche del Viernes Santo. El anuncio se hacía como el de las sentencias a muerte de los reos: a viva voz por las calles, con un tambor y, a veces, con una corneta o campana que pedía silencio.



Tambores de Samper de Calanda (Foto: J. A. Hernández)

A finales del siglo XVI y en el XVII, en las representaciones litúrgicas también se recurrió al ruido, para subrayar momentos cruciales. Por ejemplo, se disparaba pólvora durante las dramatizaciones hechas en las iglesias zaragozanas en la noche de Jueves Santo; y las unidades de soldados romanos o alabarderos solemnizaban, con sus golpes y redobles de tambor, el traslado del Santísimo Sacramento al Monumento, lo mismo que en cada relevo de la guardia que, durante toda la noche, custodiaba el sepulcro de Cristo en el templo. Así, pues, los aragoneses no sólo estaban

acostumbrados al ruido en estas fechas, sino a que fuese el tambor el instrumento que daba solemnidad y empaque a las manifestaciones más emotivas. Es, también, muy probable que esas formaciones de alabarderos acompañasen, desde temprana fecha, a las principales procesiones.

Los tambores se integran en la Semana Santa del Bajo Aragón al menos desde el siglo XVII, en plena expansión de la religiosidad barroca. Además de las noticias que asocian esta costumbre al “mi-



Tambor de Híjar
(Foto cortesía de C. Millán)

lagro de Calanda”, consta que en 1678, en Alcañiz, fray Mateo Pestel organizó una procesión del Pregón en la que ya salían una corneta, varios hombres «sin dejar de tocar las cajas» y otros con campanas. Los estudiosos afirman que, mediado ese siglo, la Orden de Calatrava, señora de la comarca, dispuso que en Calanda un grupo de soldados vestidos a la romana acompañase a la procesión del Pregón, el Viernes Santo, tocando el tambor. Según A. Abadía, en el siglo XVIII en Samper de Calanda también se citan “cajas” en Semana Santa. Documentos hijaranos del XIX aluden a que estos toques de tambor vienen en la villa «de tiempo inmemorial».

Quizá cupiera aludir, como influjo particular, a la presencia de tropas en el Bajo Aragón durante la Guerra de Cataluña (1640-1652). Los soldados, acantonados en la comarca durante años, bien pudieron prestarse a dar solemnidad a las procesiones, acompañándolas con sus toques.

ARRAIGO DE LA COSTUMBRE: “ROMPER LA HORA”

Las diferentes formas de producir ruido señaladas hasta ahora —“matajudíos”, carracas y tambores— convivieron durante largo tiempo, pero en el Bajo Aragón acabaron por derivar en una que se ha impuesto sobre las demás: la de los tambores. Es fácil de comprender, porque el toque del tambor es más vistoso y versátil que el de las carracas; aún hoy ocurre que, donde se van introduciendo los tambores

en Semana Santa, se abandonan otros instrumentos tradicionales. Sin embargo, en algunos lugares se defiende con orgullo ese elemento diferenciador y propio: así, por ejemplo, la cofradía del Ecce Homo y Nuestra Señora de las Angustias, de Zaragoza, ha adoptado el toque de las matracas en sus desfiles procesionales.



*Tambores de Alcañiz
(Foto: J. A. Hernández)*

En cualquier caso, sigue siendo una incógnita por qué prendió con tal fuerza el tambor en la comarca. El estudio de J. A. Pellicer propone que tal vez contribuyeran a ello las numerosas disposiciones dadas por las autoridades para tratar de limitar ese hábito o incluso para erradicarlo. Porque es bien sabido que, ante un espíritu rebelde, las prohibiciones no hacen sino aumentar el deseo de lo prohibido...

Quizá por eso, la gente esperaba con ansia el momento en que se levantaba el veto a los tambores para romper a tocar con todas sus fuerzas. Así se hacía en Alcañiz a mediados del siglo XIX, y así se sigue haciendo hoy en Híjar, Calanda y otras poblaciones de la zona.

Una vez iniciada la borrachera de sonido, era inútil tratar de ponerle cortapisas. Hay noticias de 1863 sobre las multas que se imponían en Alcañiz si se tocaban los tambores antes de salir la procesión del Santo Entierro, y del escaso efecto de aquellas admoniciones. Y, en 1898, E. Taboada escribía, también sobre el Viernes Santo en esta ciudad: «Por la noche, entre diez y once, la gente de buen humor se prepara para dar nuevo *concierto* y organizar una cencerrada con tambores, latas, carracas y sonajeros de índole parecida: todo por el gusto de no respetar el bando de buen gobierno que prohíbe estos desahogos».

El último intento de acabar con el toque incontrolado de tambores en las noches de la Semana Santa también se produjo en Alcañiz: la procesión del Santo Entierro, tra-



Las beridas en la mano (Foto: J. A. Hernández)

El resultado fue que los alcañizanos ya no tocan el tambor sólo hasta las cuatro de la mañana, sino que aguantan hasta la tarde del sábado.

La sensación de descontrol que emana del fragor de los tambores ha molestado siempre vivamente a las autoridades, tanto civiles como religiosas, de cualquier signo que éstas hayan sido. Por eso la tradición ha sufrido altibajos a lo largo del tiempo, pero nunca se ha logrado acabar con ella; simplemente, porque es algo que en esta tierra “se lleva dentro”. Sirvan, si no, como ejemplo las palabras de una tierrabajina publicadas en el semanario *Andalán*, en 1979:

«Tocamos lo que queremos, como queremos, cuando queremos. Tocamos a nuestro son. Nadie, esta vez, nos impone nada, ni lo admitiríamos. No hay más ley que la nuestra, la del ruido, voz de un pueblo, bronca y ronca, intensa como el vivir».

Bando del Alcalde de Alcañiz en la Semana Santa de 1897

(ARCHIVO HISTÓRICO MUNICIPAL DE ALCAÑIZ)

«El Sr. Alcalde constitucional de esta ciudad hace saber:

Que no obstante tener la seguridad de que en los días Jueves, Viernes y Sábado Santo, los habitantes de la misma han de procurar el mayor recogimiento propio de su sentimiento religioso, y considerar inútil reproducir los bandos de años anteriores, sin embargo, esta Alcaldía está en el deber de dictar algunas disposiciones encaminadas a hacer guardar el profundo respeto debido a nuestra Santa Religión en los citados días de esta Semana Santa y a procurar el sosiego público de sus habitantes [...].

3º. No podrá armarse griterío por las calles, ni tocar instrumento alguno en los citados días a excepción de los tambores, que lo serán en las procesiones del Pregón y Santo Entierro, sin que en manera alguna se haga uso de éstos hasta después de tocar las doce del día Viernes Santo.

4º. Una vez concluidas las procesiones del Viernes y Sábado Santo, no podrán tocarse los tambores en punto alguno, retirándose los concurrentes desde la plaza Mayor a sus respectivos domicilios. [...]

Si desprecian los consejos de esta Alcaldía los que contravengan las anteriores disposiciones, haciendo alarde y tocando los tambores a despecho y por el solo hecho de la prohibición, faltan: primero, al respeto que en días tan críticos se debe a nuestra Santa Madre Iglesia; segundo, a la cultura de la población, y tercero, al reposo de los habitantes de la misma, estando dispuesta esta Alcaldía a castigar con la multa de una a veinticinco pesetas a los infractores, sin perjuicio de pasar el tanto de culpa a los tribunales si a ello diesen lugar.

Alcañiz, 14 de abril de 1897.

Publíquese. El Alcalde, Francisco Salés

DRAMATIZACIONES Y MONUMENTOS



LOS DRAMAS LITÚRGICOS

Los actos litúrgicos de estas fechas, en principio muy sencillos, fueron adquiriendo una complejidad cada vez mayor en la Edad Media; algunas de sus partes pasaron a ser escenificadas y, además, se les dotó de una solemnidad digna de la fiesta más señalada del cristianismo. La propia esencia dramática de los episodios que se conmemoraban, es decir, la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, hacía que se prestasen a ser representados ante la comunidad. Por otra parte, era necesario acercar a los fieles una liturgia que para ellos era incomprensible, pues se desarrollaba en latín; había que buscar cómo explicarles, de manera plástica, el significado de la misa y los misterios de la Redención.

Surgen, así, los dramas litúrgicos. Su punto de partida fue, precisamente, el tropo (texto breve que se interpolaba en el de la liturgia) denominado *Quem quaeritis?* (¿A quién buscáis?), que se cantaba en la misa de Pascua desde el siglo X. Con él se representaba la llegada de las tres Marías al sepulcro de Cristo y su encuentro con el ángel, que les informa de que Dios ha resucitado. Además del canto, se introducía una pequeña dramatización: el que hacía de

ángel se sentaba en un lugar de la iglesia que simbolizaba el sepulcro, y hasta allí llegaban tres monjes que, cuando recibían la noticia de la resurrección, se volvían hacia el coro y cantaban el *Aleluya*. Después, el ángel descorría la cortina que ocultaba el sepulcro y mostraba el sudario en el suelo; los monjes lo recogían, lo llevaban al altar mayor y empezaban a tocar las campanas como signo de que Cristo había vuelto a la vida.

Estas sencillas escenas alcanzaron un éxito enorme, de modo que al núcleo principal se fueron añadiendo textos y cuadros tomados de las Escrituras, y se crearon otros dramas nuevos para las festividades más importantes. En la catedral de Huesca se conserva una muestra del tropo de Pascua de comienzos del siglo XII. También hay prosas y tropos en misales de Zaragoza (siglos XIV-XV) y Tarazona (1471), un breviario de Munébrega (siglos XIII-XIV) y un códice de Roda de Isábena (finales del siglo XII).

“La Vexilla”

Relacionada con los dramas litúrgicos estaba la “Procesión del Pendón” o del *Vexilla Regis*, palabras, estas últimas, con las que comenzaba un himno de Vísperas del tiempo de Pasión (*Vexilla Regis prodeunt*, “Avanzan triunfantes las banderas del Rey”). Se celebraba el Domingo de Pasión o de Ramos y servía de preludeo al acto de la adoración de la Vera Cruz.



*Los instrumentos de la Pasión, en Calanda
(Foto: J. A. Hernández)*

De origen medieval, este drama se escenificó en La Seo hasta mediados del siglo XX. La “vexilla” era un pendón negro con las cinco llagas de Cristo y una cruz en el centro; el oficiante recorría con él las capillas de la catedral seguido por los canónigos, con las caras ocultas por sedas moradas, bendiciendo a los fieles mientras entonaban las estrofas del citado himno. Al llegar a la última, *O crux, ave spes unica* (Salve, oh Cruz, única esperanza), los canónigos se arrodillaban y el celebrante inclinaba sobre

ellos el pendón, hasta cubrirlos. Se conservan varias descripciones de este drama en Aragón, entre ellas las de los libros de costumbres de las catedrales de Barbastro (1536) y Huesca (siglos XVII-XVIII).

El *Lignum Crucis*, o reliquia de la Vera Cruz, se sacaba al altar mayor cubierto con un velo y se exponía a los presentes por breve tiempo. La adoración de la Cruz tuvo un

gran arraigo popular (era una de las pocas veces en que podía verse la reliquia, y se confiaba mucho en su influencia benefactora) y se documenta en muy tempranas fechas: hacia el año 400, la monja Egeria, ya citada, consignó que en Jerusalén, en la mañana del Viernes Santo, la celebración principal era la adoración de la reliquia de la Cruz.

LOS MONUMENTOS

Paralelamente, fue revistiendo cada vez mayor solemnidad la reserva de la Eucaristía en la misa vespertina del Jueves Santo: como el Viernes no se consagraba, el día anterior se guardaban algunas formas para poder dar la comunión. Desde el siglo XI, este acto consistía en trasladar esas formas a un sagrario o arca colocado en un lugar especial, con un entorno suntuoso, digno del contenido que iba a albergar: era el “Monumento”.

El Monumento servía, en origen, para solemnizar la propia institución de la Eucaristía, pues el Jueves Santo había tenido lugar la Última Cena. Su carácter eucarístico se mantuvo aun después de que, a mediados del siglo XIII, esta conmemoración se trasladara a otra fecha, con la institución del *Corpus Crbisti*. Pero el Monumento se asoció pronto con el sepulcro de Cristo, puesto que sirvió de escenario para los dramas litúrgicos de la *Depositio Crucis* (el Descendimiento y Entierro de Cristo) y de la Resurrección (derivación del *Quem quaeritis?*).

En el siglo XVI, los Monumentos eran ya auténticas “máquinas” de arquitectura efímera hechas a base de madera y telas, y decoradas con pinturas, dorados, tallas y una gran cantidad de luces y flores. En ellos se seguían desarrollando los dramas litúrgicos, con una complejidad y espectacularidad crecientes. Pedro Calahorra da noticias sobre los que se hacían en la iglesia de San Pablo de Zaragoza. Los actores que participaban podían ser tanto de carne y hueso como «de bulto», bien en madera, bien rellenos de paja y cosidos. Todos ellos iban vestidos adecuadamente: los ángeles con sus alas de latón y «foja de oro de bacín», Adán y Eva con sus calzas, y los profetas con sus barbas, cabelleras y diademas. Los personajes divinos, singularmente Dios Padre, eran de talla o pintados, al igual que otros que decoraban los lados del Monumento, en amplios lienzos. También se procuraban recursos efectistas, como en el caso del ángel que debía bajar de lo alto, por medio de poleas, para rasgar la cortina del templo en la representación de la Resurrección; o, para los momentos más dramáticos, el estruendo de la pólvora disparada por «scopeteros» y «spingarderos», además del de las trompetas y atabales.

Desde el siglo XVI, los Monumentos fueron hechos por artistas destacados: Jerónimo Cosida intervino en el de San Pablo de Zaragoza (1536), Juan Miguel Orliens en el de la parroquial de Almudévar, Tomás Peliguet en el de la catedral de Huesca, etc. Su importancia se mantuvo en época

barroca, merced al impulso dado por la Contrarreforma a este tipo de manifestaciones. De ese periodo datan los mejores ejemplos conservados en Aragón, como el de Ateca y el de Fuentes de Ebro. En el siglo XVIII destacaron artistas como Juan Zabalo Navarro, autor del Monumento de la capilla de San Marcos de La Seo zaragozana (1711), y Francisco del Plano, quien, en 1704, decoró el de la catedral de Teruel.

En el siglo XIX, arquitectos como Ricardo Magdalena y Félix Navarro hicieron algunos de los más espectaculares de Zaragoza. Los más suntuosos se adornaban con tapices: el de la Seo de Zaragoza, dada la elevada calidad de los que poseía, destacaba sobre los demás.



Boceto para un monumento de Jueves Santo, por Félix Lafuente, 1899 (Foto: F. Alvira)

Muchos pueblos, sin embargo, que no podían costear tales dispendios, se limitaban a engalanar uno de los altares con lienzos pintados, flores y velas. En Huesca y las Altas Cinco Villas, era costumbre llevar al Monumento platos o macetas en los que se habían hecho germinar, manteniéndolos durante varios días en la oscuridad —en la bodega, en el horno del pan o tapadas con un cubo boca-bajo—, habas, guisantes, lentejas, centeno o trigo. Las plantas resultantes, largos tallos de color blanco, eran denominadas “**cabelleras**” y se colocaban «para adornar el sepulcro de Dios». Cabe la posibilidad de que esta práctica, documentada también en pueblos catalanes, italianos y griegos, derive de los llamados “jardines de Adonis”, tiestos



“Cabelleras” para los monumentos de Semana Santa, en Adabuesca (Foto: E. Monesma)

en los que brotaban las mismas semillas y que se colocaban como ornamento sobre la tumba de aquella divinidad, en primavera; pasados unos días, se arrojaban, ya marchitas, al mar o a manantiales, junto con las estatuillas de Adonis, para que ayudasen a fecundar la Naturaleza.

En Épila subsiste una peculiar costumbre, según la cual —y, al parecer, en virtud de una orden dada por un visitador apostólico en el siglo XVII— el alcalde de la villa debe custodiar la llave del sagrario del Monumento durante el Jueves y Viernes Santo, por lo que se le encierra en su casa desde el mismo jueves por la tarde, tras los oficios, hasta el día siguiente, en que se le “libera” al acabar la procesión. En relación con este “encierro” podría estar el que, según R. Andolz, se hacía en Huesca: una compañía de soldados romanos desfilaba hacia la catedral, donde «cogía preso al obispo y se lo llevaba atado al palacio».

EL “ABAJAMIENTO”

Tal nombre se daba, en muchos pueblos de Aragón —especialmente, en la provincia de Teruel—, a la ceremonia del Descendimiento de la Cruz, episodio dramatizado de gran emotividad que tenía lugar en la tarde del Viernes Santo. En ella se desclavaba de la Cruz a Cristo y, por medio de un lienzo blanco, su imagen era descolgada y colocada en una urna o féretro (popularmente llamado “la Cama”), mientras un predicador describía la escena con sentidas palabras. En este caso, se hacía responsable al pueblo del sufrimiento de Jesús, pues esos padecimientos habían sido provocados por sus pecados. La tradición, seguramente no anterior a la segunda mitad del siglo XVI, responde, como otras ya señaladas, a las directrices ema-

nadas del Concilio de Trento, tendentes a que el pueblo participase más intensamente en los misterios religiosos.

Para el acto se utilizaba un tipo de Crucificado con los brazos articulados, de modo que, al desclavárselos, se pudieran doblar, permitiendo así colocar la imagen en el féretro, que después desfilaría en la procesión del Santo Entierro. En algunas localidades, presenciaba aquella escena la figura de la Virgen Dolorosa que, dotada también de brazos móviles, podía ser accionada para que se acercase un paño a la cara con el que enjugaba sus lágrimas.



Santo Cristo del Sepulcro, en Tauste, de brazos articulados (Foto J. Rayado)

En Aragón, esta función se realizó en muchos lugares, entre ellos Monreal del Campo, Godojos, Ibdes, Borja, Samper de Calanda, Alcañiz, Castejón de Monegros, Alcori-sa, Tarazona, Jaca, Cariñe-

na, Épila, Ambel y Zaragoza. En alguno, todavía se mantiene: en Ibdes se celebra en el presbiterio de la iglesia, tras el Sermón de las Siete Palabras, a cargo de un predicador contratado para el caso.

En Samper de Calanda, el dramatismo de la escena se acentuaba porque, en el momento en que el predicador terminaba el sermón, y a la vez que se rasgaba el velo que escondía al Crucificado, rompían a sonar los tambores dentro de la iglesia.

En Zaragoza está documentado el Descendimiento desde mediados del siglo XVII, en que se realizaba ante el Convento de San Francisco, como acto previo a la procesión del Santo Entierro. Hacia 1770 se hacía en el interior del Convento y, una vez colocado el Cristo en la Cama, se sacaba para dar la vuelta por la Cruz del Coso, tras lo que se guardaba en la capilla de la Hermandad de la Sangre de Cristo hasta la hora de la procesión. Tras el establecimiento de esta Hermandad en la iglesia de Santa Isabel, sólo se volvió a hacer en la Semana Santa de 1834.

PERVIVENCIAS DE ANTIGUAS DRAMATIZACIONES

De este tipo de representaciones perviven aún algunos pasajes, integrados, por lo general, en las procesiones: son, por ejemplo, los “encuentros” de la Dolorosa y el Nazareno tras las palabras del predicador que ha ido pintando con vivos colores el dolor de María; o del Resucitado con su



Niña samaritana (Foto cortesía de J. Francés)

Madre, el Domingo de Resurrección, con el empleo de recursos efectistas como el de hacer bajar un niño desde lo alto para que cambie el manto a la Virgen o el de soltar pájaros cuando las imágenes se juntan. También, las ceremonias en las que se “sella” el sepulcro de Cristo muerto.

En algunos casos, son los niños quienes han pasado a ser los actores, como en Calaceite, donde, según la narración de Santiago Vidiella, salían vestidos de Apóstoles con los instrumentos de la Pasión y, colocados en las gradas del altar, tras un lienzo blanco, esperaban a que se levantase el paño que los ocultaba para mostrárselos a los fieles y prorrumpir en una estruendosa algarabía, hasta que volvía a caer la cortina.

PASIONES VIVIENTES

También se representa completo el drama de la Pasión y muerte de Cristo, tratando de revivirlo de la manera más realista posible. En Aragón fueron famosos los de Lobera de Onsella, Borau y Andorra, y en la actualidad destacan los de Huesca y Alcorisa.

El de Huesca se celebra cada año, en el Teatro Salesiano, desde hace casi medio siglo. En él participan ciento cincuenta personas, entre actores y técnicos. Se escenifican la vida pública de Cristo, su muerte y resurrección en tres actos y veinticinco cuadros, cuya duración total supera las tres horas y media. El libreto está basado en los Evangelios de San Juan y San Mateo, y se ha puesto especial cuidado en la ambientación histórica y en la elección del decorado, los trajes y la música que acompaña a algunas escenas.



Jesús camino del Calvario, en la Pasión de Alcorisa (Foto: J. A. Hernández)

En Alcorisa, el “Drama de la Cruz” se empezó a representar en 1977, sobre un libreto de P. Espallargas Eced. Actúan casi trescientas personas, en tres escenarios en los que discurren las tres partes de la obra: en la primera, al

pie del monte Calvario, se recrean los pasajes desde la entrada de Jesús en Jerusalén a la coronación de espinas y la flagelación; en la segunda, la subida al Calvario, tienen lugar las caídas de Cristo, el encuentro con la Virgen y la Verónica, y la ayuda del Cireneo; y en la tercera, en la cima, culmina el drama con la crucifixión, la muerte, el descendimiento y el entierro de Cristo.

El cuidado en la puesta en escena y en la ambientación purista de los aspectos históricos, tanto en la elección de trajes y accesorios cuanto en los menores detalles, es riguroso y se ha basado en el estudio de la época.



Jesús azotado, escena de la Pasión viviente de Alcorisa (Foto: J. A. Hernández)

PROCESIONES Y COFRADÍAS



Aunque los cortejos y desfiles procesionales se han organizado en diferentes culturas y pueblos desde la más remota antigüedad, en su vertiente religiosa cristiana datan de la Edad Media y en España se difundieron a partir del siglo XIV.

A su afianzamiento contribuyeron, en buena medida, dos factores: por un lado, la institución de la fiesta del *Corpus Christi* (1263), que se celebró desde muy temprana fecha con un solemne desfile en el que se sacaba el Santísimo por las calles, bajo palio, a la vista de los fieles; por otro, la difusión en esta época de la devoción por el *Via Crucis*, merced a los frailes franciscanos. En sus iglesias había catorce capillitas que servían para recorrer las “estaciones” en que se dividió la Pasión de Jesús, desde su condena a muerte hasta su sepultura.

Las procesiones de Semana Santa reprodujeron algunas de esas estaciones, especialmente las del encuentro del Nazareno con su Madre y la del Santo Entierro. De hecho, la Venerable Orden Tercera de San Francisco ha sido, tradicionalmente, la encargada de organizarlas en muchos lugares, ayudada por las Hermandades y Cofradías.

También debieron de influir decisivamente en el origen de las procesiones las representaciones dramáticas que se

hacían en las iglesias: en parte por evitar desórdenes dentro del templo, en parte por falta de espacio y, en parte, por presentar la historia de la Pasión de una forma más directa a los fieles, algunas pasaron a celebrarse en las calles.

LAS ESCULTURAS Y “PASOS” PROCESIONALES

Los escultores barrocos dotaron a estas obras de un realismo efectista, mediante adición de ropajes, ojos de vidrio y cabello natural; reprodujeron las heridas, el dolor, las expresiones del más hondo patetismo. Las Cofradías y Hermandades encargan a los artistas nuevos “pasos” (escenas portátiles con pasajes de la Pasión) para las procesiones, cada vez, por cierto, más espectaculares y complejas. La del Santo Entierro será la que alcance un mayor desarrollo: integrada por todos los pasos que representan los episodios de la Pasión y Muerte de Cristo, llegará a constituir un verdadero *Via Crucis* que forma en las calles un gran cortejo acompañado por muchos otros personajes, entre ellos figuras del Antiguo Testamento, estandartes que simbolizan las Doce Tribus de Israel y las Cuatro Partes del Mundo, compañías de alabarderos y soldados romanos, penitentes, etc. La del Santo Encuentro entre el Nazareno y María también gozó de gran popularidad.

Salvo contadas excepciones, los pasos escultóricos de mayor calidad artística han ido desapareciendo en Aragón como consecuencia de las guerras sufridas en los

siglos XIX y XX. Sin embargo, se sacan algunas imágenes no procesionales pero que gozan del fervor popular y que suelen ser las de mayor antigüedad. En Teruel sale la talla decana de entre las aragonesas, pues el llamado Cristo de las Tres Manos, a cargo de la Hermandad de la Sangre de Cristo, está datado en el siglo XIII.

También posee gran interés la de Nuestra Señora de la Asunción, del XVIII, vinculada a la Hermandad de la Villa Vieja y Sangre de Cristo. A este mismo siglo corresponden las imágenes del Cristo de la Columna y del Cristo del Perdón, de Huesca. Las más veteranas de Zaragoza son el *Ecce Homo* (siglo XV), conservado en la iglesia de San Felipe y que saca su Cofradía titular; el Cristo de la Agonía (del siglo XVI), obra del tallista Nogueras y del pintor Rolán



Ecce homo de la iglesia de San Felipe, Zaragoza, talla del siglo XV (Foto: J. A. Hernández)

de Moisés, que la Cofradía de la misma advocación adoptó para sus procesiones; y el Cristo de la Piedad o del Refugio (siglo XVII), sacado procesionalmente desde 1941 por la Cofradía de Nuestra Señora de la Piedad y del Santo Sepulcro. También del XVII es la talla del Nazareno que se guarda en la iglesia de San Miguel, adscrita a la Esclavitud de Jesús Nazareno y Conversión de Santa María Magdalena.

De los numerosos pasos que se encargaron en Zaragoza en época barroca se conserva el Santo Cristo de la Cama, imagen rescatada en 1809, en una azarosa peripecia, de los



Santo Cristo del Sepulcro, en la "Cama" del Santo Entierro (Foto: Heraldo de Aragón)

bombardeos sufridos durante los Sitios. Guardada en la Real Capilla de Santa Isabel desde 1813, es una talla articulada del siglo XVII, que protagonizó la antigua representación del Descendimiento. Vinculada a la Muy Ilustre, Antiquísima y Real Hermandad de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo y Madre de Dios de Misericordia, cuya Sección de la Cama se encarga de sacar la imagen en la procesión del Viernes Santo, goza de una gran devoción popular y es, por así decirlo, la “protagonista” del Santo Entierro.

Entre otros Cristos articulados conservados en Aragón (se conocen no menos de quince), destacan el de Tarazona (de 1565) y el de Jaca, del siglo XVII, talla que, según cuenta el P. Faci en 1739, fue traída desde América y está hecha de «una especie de junco marino [...] muy ligera, y por eso muy al caso para el fin que se hizo fabricar, que es para el Descendimiento de Cristo Nuestro Señor».

La mayoría de los pasos procesionales aragoneses, por lo demás, es de factura reciente (siglos XIX y XX). Casi sin excepción, siguen los planteamientos formales y estéticos del barroco, pues el modelo creado en esta época caló hondamente entre los fieles y es el que mejor se adecua al carácter penitencial y dramático de las procesiones. Ofrecen interés algunos de los pasos de Jaca, Barbastro, Tarazona, Borja, Ejea de los Caballeros, Zuera, Caspe, algunas localidades del Bajo Aragón y las tres capitales aragonesas.

Algunos artistas destacados en la Semana Santa de los siglos XIX y XX

Desde finales del siglo XVI y, sobre todo, en el XVII y el XVIII, los principales artistas realizaron piezas ligadas a las celebraciones de Semana Santa. Los escultores tallaron innumerables y bellísimos pasos procesionales; los pintores los encarnaron, policromaron y doraron; los plateros y orfebres labraron coronas, faroles, “camas” y peanas; los bordadores tejieron primorosas labores para los trajes de las imágenes... Sin embargo, y a despecho de que este tipo de obras constituye una de las aportaciones más originales del arte español, han sido consideradas, durante mucho tiempo, como piezas menores.

Para todos los encargos que tenían que ver con la Semana Santa se buscaba a los mejores artistas. Cabe destacar, en Aragón, el trabajo de los escultores José Bueno y Félix Burriel, autores de algunos pasos muy notables. Al primero se deben el del Señor atado a la Columna, de la Cofradía de esta advocación, de Zaragoza, y los de Jesús Crucificado y el Cristo Yacente de Alcañiz, de las Cofradías del Silencio y del Santo Entierro, respectivamente, de esta ciudad. Félix Burriel, por su parte, talló los pasos zaragozanos de Las Siete Palabras y de La Oración en el Huerto (éste, con su maestro, Francisco de Borja), para sus correspondientes cofradías zaragozanas; y otro de esta última advocación para Zuera.

Arquitectos de renombre en el siglo XIX y principios del XX, como Ricardo Magdalena y Félix Navarro, diseñaron Monumentos de Jueves Santo. En la misma época, Bernardino Montañés ideó los vestidos de los personajes bíblicos que saldrían, a partir

de entonces, en el cortejo del Santo Entierro de Zaragoza, así como el uniforme de los soldados romanos. Y el arquitecto Regino Borobio diseñó el hábito que luciría la Cofradía de la Piedad, en 1937; inspirado en modelos sevillanos, con el característico capirote andaluz en forma de cono alto, por su sobriedad y elegancia es uno de los más bellos de las actuales cofradías zaragozanas.

Borobio es autor también de la carroza de la Virgen de los Dolores, de la Hermandad de San Joaquín y de la Virgen de los Dolores, de Zaragoza.

PROCESIONES: DEL DOMINGO DE RAMOS AL DE PASCUA

La entrada de Jesús en Jerusalén. Domingo de Ramos

Probablemente sea ésta la procesión que cuenta con referencias más antiguas, pues ya la monja Egeria la describió en su *Itinerario*: en Jerusalén, el Domingo de Ramos por la tarde, los fieles se dirigían a la iglesia de la Ascensión para leer allí el pasaje del Evangelio que narraba la Entrada de Jesús en Jerusalén. «Todos –escribía Egeria– llevan en la mano ramos de palma o de olivo; así se acompaña al obispo, del mismo modo en que fue escoltado el Señor aquel día [...], a través de la ciudad».

Esta costumbre se extendió por Europa y también fue adoptada en España. En Aragón, en muchos de cuyos pueblos se denomina “la Burreta” (porque, en el paso, Jesús

llega a Jerusalén sobre un borriquillo), es una de las procesiones más populares. Se realiza tras la bendición de los ramos, que han tenido, tradicionalmente, dos propiedades. Una, para los adultos, la de servir como elemento de protección de las casas y cosechas durante todo el año, por lo que se solían colocar en los balcones o se plantaban en los campos. La otra, para los chavales, pues ramos y palmas suelen ir bien provistos de golosinas. En algunos pueblos del Pirineo (Liri, Castejón, Sesué), los niños llevaban a esta



*Cofradía de la Entrada de
Jesús en Jerusalén, el Domingo
de Ramos, en Zaragoza
(Foto: L. Serrano)*

ceremonia pajaritos para soltarlos dentro de la iglesia o después, a la salida de misa, en la creencia de que no habría tormentas en los lugares hacia los que volasen.

El Ayuntamiento de Zaragoza, según un *Memorial* de 1614, hizo ese año voto de guardar la fiesta con una procesión que saldría de la Seo por la puerta de San Bartolomé y daría la vuelta a la catedral por el Arco del Arzobispo.

En Huesca, la procesión es organizada por la Cofradía de San José, que agrupaba a los carpinteros. Según A. Durán Gudiol, en el siglo XVII la bendición de los ramos en esta ciudad se hacía durante la procesión, al llegar a la plaza de la Zuda; luego, se predicaba un sermón y se regresaba a la catedral.

Los *Via Crucis*

Como se dijo, la Orden franciscana introdujo la devoción al *Via Crucis*, origen de muchas de las procesiones. Entre los siglos XVII y XIX tuvieron especial importancia en Zaragoza los que se celebraban el Domingo de Ramos y el Viernes Santo, organizados por la Orden Tercera. El primero, que aún se mantiene, lo hace hoy la Cofradía del Silencio y discurre por el barrio de San Pablo.

Durante toda la Semana Santa, en la capital aragonesa se suceden los *Via Crucis*, en los que desfilan las Cofradías de la ciudad; suelen concluir en la Real Capilla de Santa

Isabel, donde quedan depositados todos los pasos que tomarán parte en la procesión del Santo Entierro.

En muchos pueblos de Huesca y Teruel se organizan también *Via Crucis* en Semana Santa, especialmente el Jueves y el Viernes; algunos salen del pueblo y llegan hasta las ermitas de las afueras. En el Bajo Aragón, donde se les denomina “Calvarios”, suelen estar dedicadas al Santo Sepulcro y datan de época barroca. Los Calvarios gozan del fervor popular y algunos, como el de Alloza, son realmente espectaculares. El trayecto hasta estas ermitas está jalonado por las estaciones del *Via Crucis* —a veces, simples pilares con una imagen o una cruz y, otras, pequeñas capillas—, donde se va deteniendo la comitiva para rezar.



El Via Crucis de Mosqueruela (Foto: J. Rubio)

Martes Santo: procesión del Encuentro

La procesión más característica es la que, en el transcurso de un *Via Crucis* rezado por las calles, reproduce el Encuentro del Nazareno con la Virgen Dolorosa. En ese momento, un sacerdote pronuncia un sermón en el que recuerda el padecimiento del Hijo llevando a hombros la Cruz y la angustia de la Madre al verle.

En Zaragoza, esta procesión se celebró al menos desde el siglo XVIII, organizada entre la Orden Tercera, la Hermandad de la Sangre de Cristo y la Esclavitud de Jesús Nazareno. Salía del Convento franciscano hacia la parroquia de San Pedro (entre las actuales calles Don Jaime y



La Dolorosa, en la procesión del Encuentro, Zaragoza (Foto: J. A. Hernández)

San Jorge), donde se encontraban las imágenes de Jesús Camino del Calvario y la Dolorosa, San Juan y la Magdalena. Tras la Guerra de la Independencia, la procesión volvió a salir en 1815; y, después de la Guerra Civil, en 1941. En la actualidad, se encargan de organizarla la Cofradía de Jesús Camino del Calvario y la Hermandad de San Joaquín y de la Virgen de los Dolores, y se lleva a cabo el Miércoles Santo. El lugar en el que se celebra el Encuentro ha sufrido variaciones a lo largo del tiempo; hoy se hace en la parte central de la plaza del Pilar.

En Huesca, el *Via Crucis* del Martes Santo se instituyó en 1690 por la Hermandad de la Orden Tercera de San Francisco; partía de la iglesia de esta Orden y llegaba a la Seo, donde un franciscano predicaba un sermón, pero no consta que en esa época se representase el Encuentro.

En la localidad de Tabuena, no se produce uno sino cuatro Encuentros sucesivos: la procesión hace varias paradas para que la imagen de la Virgen coincida con las del Nazareno, el Crucificado, los disciplinantes que arrastran cadenas o cargan con cruces (llamados popularmente “cocones”) y con los faroles y estandartes.

Jueves Santo: la Vera Cruz y las viglias

En otro tiempo, la principal procesión de este día era la de la **Vera Cruz**, en honor de las reliquias del *Lignum Cru-*

cis que poseían muchas ciudades. Y hasta finales del siglo XIX fue, desde luego, la más importante de la Semana Santa jaquesa. En Zaragoza, a comienzos del siglo XVII también era muy señalada y a ella tenía obligación de acudir el Concejo. Ese día se organizaba, además, la procesión de la Sangre de Cristo, que salía del Convento de San Francisco.

En Huesca, en los siglos XVII y XVIII, había dos procesiones el Jueves: la de la Cofradía de la Trinidad y la de la Vera Cruz, que iba desde la iglesia del Carmen calzado hasta la catedral, donde cruzaban la nave mayor para salir por la puerta principal. En el siglo XVIII, debía de existir una curiosa costumbre cuando el cortejo atravesaba el templo, que un canónigo oscense relataba así: «Al pasar por el Monumento, hacían



*Paso de la Coronación de Espinas,
el Jueves Santo en Zaragoza (Foto: L. Serrano)*

los de las hachas [...] unas genuflexiones y espontonadas c ereas que paraba en risa, y para ver esta función acudía toda la gente de la iglesia». Según A. Durán Gudiol, las “espontonadas” consistían en blandir las hachas a modo de saludo, como si fuesen lanzas. Provocaban con ello tal irreverencia que la procesión acab o por suprimirse. Con severas restricciones, se reanud o desde 1786 por la Cofradía de la Vera Cruz, aunque pas o a hacerse por la tarde.

El Jueves Santo era un día de penitencia y de **vigilias**. En recuerdo de las horas angustiosas que había pasado Jesucristo en el Huerto de los Olivos, orando y velando en la víspera de su agonía, desde los primeros tiempos del cristianismo los fieles pasaban, asimismo, esa noche en vela; decididos a no dejar solo a Jesús, como habían hecho los Apóstoles, rezaban hasta el amanecer.  ese es el origen de las vigilias nocturnas que se han venido haciendo en muchos pueblos aragoneses y que, en la actualidad, se reducen a la “Hora Santa” en las iglesias.

La costumbre pervive, sin embargo, en Tauste, donde la vigilia se celebra no en la iglesia, sino en la ermita del Santo Sepulcro. Los vecinos acuden durante toda la noche a velar por Nuestro Señor a la luz de las velas. Pero all , como en muchas otras poblaciones aragonesas, se ha considerado tradicionalmente que lo que se hace es velar su sepulcro, pues se decía que, una vez concluida la misa vespertina del Jueves, “ya había muerto Dios”. Antaño se

hacía así en las iglesias, donde los “romanos” o “judíos” —como se llamaba a los soldados que salían en las procesiones— custodiaban por turnos el féretro, o “la Cama”, durante toda la noche, sin poder moverse ni un milímetro.

Disciplinantes

En cuanto a la vertiente penitencial de esta jornada, deriva de la antigua costumbre, reseñada ya en la Alta Edad Media, de celebrar por la mañana un acto de reconciliación de los

penitentes públicos. En Huesca, en el siglo XVIII, el obispo y el cabildo salían a la plaza de la Catedral, donde éstos esperaban descalzos y arrodillados, y les hacían entrar al templo; una vez allí, el prelado, desde el altar mayor, les exhortaba a no volver a pecar y les imponía penitencia.

Pudo ser éste el origen de la aparición en las procesiones de disciplinantes que, con la cara cubierta, hacen penitencias, por lo general en cumplimiento de alguna prome-



Penitentes de Calanda (Foto: J. A. Hernández)

sa: arrastran cadenas en los pies descalzos, portan cirios encendidos llevando los brazos en cruz, cargan pesadas cruces sobre los hombros... En la Edad Media y, sobre todo, en la Moderna, las procesiones llegaron a ser multitudinarias precisamente por la presencia de numerosos “penitentes de sangre” (que se encordaban, se flagelaban la espalda, etc.) y “penitentes de luces” (que llevaban hachas encendidas). Desde finales del siglo XVI, la Cofradía de la Soledad hacía en Zaragoza una procesión de disciplinantes el Viernes Santo. A comienzos del XVII, también salían en la del Jueves Santo en Barbastro. La época ilustrada quiso acabar con aquellas prácticas y Carlos III las prohibió en 1777. Durante un tiempo, dejaron de realizar-



Cofradía de la Institución de la Eucaristía (Foto: J. A. Hernández)

se. Pero, aunque no se repitieron aquellas desmesuradas exhibiciones, los disciplinantes siguieron existiendo.

Desde el punto de vista religioso, estas automortificaciones se han considerado una especial forma de oración y de mostrar la voluntad de padecer como padeció Cristo en su Pasión. Los antropólogos, por su parte, las vinculan con antiguos ritos agrarios en los que las flagelaciones con derramamiento de sangre podían significar el deseo de regenerar la tierra, muerta en el invierno, y de contribuir a devolverle la fertilidad.

La procesión del preso liberado

En relación con la reconciliación de penitentes públicos se halla, seguramente, la tradición de liberar presos o reducir sus penas en Semana Santa —en especial a los condenados a muerte—, mediante indulgencia concedida por la autoridad competente. Por ello a este periodo se le llamó también “Semana de la indulgencia”.

La costumbre, que se remonta a la Alta Edad Media, estuvo extendida por varios países de Europa, entre ellos España. De 1952 a 1966, la Cofradía de Nuestra Señora de la Piedad y del Santo Sepulcro, de Zaragoza, tuvo privilegio de indultar cada año a un preso. Se tramitaban tres solicitudes y el Ministerio de Justicia elegía una de ellas. Según A. Zapater, «El acto de la liberación se mantenía muy en privado, para mantener el anonimato del indultado. El preso participaba en la proce-

sión, encapuchado, rodeado de otros muchos cofrades y otras personas que querían sumarse a este acto, en acción de gracias». En 1994 se reanudó esta tradición.

En Teruel no se ha interrumpido desde su institución, en 1951. La cofradía que posee el privilegio de solicitar un indulto es la Hermandad de Jesús Atado a la Columna y de la Esperanza, organizadora de la procesión que, con tal motivo, se lleva a cabo en la madrugada del Viernes Santo. Es una de las que congrega mayor cantidad de público. La comitiva parte hacia el centro penitenciario de la ciudad, acompañada por la bella imagen de la Virgen Dolorosa bajo palio y por numerosos cofrades con túnica y tercerol blancos. A las seis de la mañana sale el preso indultado de la cárcel, a cuyas puertas le espera la comitiva; recibe un hábito de la cofradía y se suma a la procesión, como un cofrade más, de regreso a la ciudad.

La procesión del Pregón

En muchos pueblos, el Viernes Santo por la mañana se “pregona” la muerte de Cristo y se avisa al vecindario de la hora en que tendrá lugar su entierro. Del pregón se hizo cargo, en general, la Orden Tercera de San Francisco, en consonancia con uno de sus cometidos tradicionales, el de acompañar a los reos condenados a muerte y procurarles una sepultura digna. En esas ocasiones, los pregoneros anunciaban su llegada y pedían silencio al toque de una corneta o un tambor.

La monja Egeria relata que en Jerusalén, en la madrugada del Viernes Santo, los cristianos iban en procesión al lugar donde se había producido el prendimiento de Cristo y, después, al amanecer, se leía el proceso de Jesús ante Pilatos. Las variantes del pregón que se conservan en la actualidad recogen la condena por Pilatos y el ruego a los vecinos para que acudan a acompañar el entierro de un pobre que es necesario atender por caridad. Éste es, por ejemplo, el que se dice en Salvatierra de Esca:

«Yo, Poncio Pilatos, presidente de la Inferior Galilea, aquí en Jerusalén, regente por el Imperio Romano, dentro del palacio de Archipresidencia, juzgo, sentencio y pronuncio que condeno a muerte a Jesús, llamado por la plebe Nazareno, de patria Galilea, hombre sedicioso y contrario a la ley de nuestro senado y del gran emperador Tiberio César. Y por la dicha mi sentencia determino que su muerte sea de cruz, fijado en clavos y a usanza de reos...».

Y éste, el que se hace en Tauste:

«Moradores de la presente villa de Tauste:
se os hace saber
cómo Jesús Nazareno
se halla sentenciado a muerte,
por rey fingido,
perturbador de la paz
y que se hacía Hijo de Dios.

Por lo que María Santísima, su madre,
se halla triste y desconsolada

sin tener quién lo baje de la cruz
ni le dé decente sepultura.

Por tanto, la Venerable Orden Tercera de Penitencia
de nuestro seráfico padre San Francisco
desea se acompañe esta tarde a María Santísima en su soledad
y manda hacer el presente pregón».

En Fraga, a principios del siglo XX, el pregón se acompañaba con los pasos de María, la Verónica y San Juan. Se le llamaba “la procesión del Convite”. También en la localidad de Sarrión tiene un nombre curioso: “las Salidijas”, pues los cofrades cantan en la procesión un estribillo que comienza diciendo «Salid, hijas de Sión...».



Procesión del pregón, en Alcañiz (Foto: E. Monesma)

En el Bajo Aragón, los tambores callan en ese momento para que se oiga la voz del pregonero. En Alcañiz, a mediados del siglo XIX el cortejo era muy nutrido: según la prensa de la época, interminables hileras de tambores flanqueaban estandartes con «varios pasajes de la Escritura y otros diversos objetos, entre los cuales recordamos al Supremo Hacedor antes de la Creación, la formación del primer hombre y la primera mujer, el acto en que Eva ofrece a Adán la manzana en el Paraíso, un ángel con la espada de fuego arrojándolos del lugar sagrado, las Doce Tribus de Israel extendidas por la Tierra, las doce sibilas que profetizaron la venida del Mesías, las Cuatro Partes del Mundo, el sol, la luna, las estrellas, etc.».

El Santo Entierro

Es la procesión más importante de la Semana Santa. En ella se reúnen todas las cofradías de cada localidad con sus pasos y forman cortejos espectaculares, algunos de varias horas de duración. Es un compendio de las que se han ido celebrando desde el Domingo de Ramos, una recapitulación de todos los sucesos ocurridos durante la Pasión y Muerte de Cristo. El desfile de pasos reproduce todos los momentos vividos por Jesucristo hasta culminar su martirio. Muchos pueblos y ciudades de Aragón retiemblan al paso de los tambores en la noche y asisten respetuosos a ver la comitiva más impresionante de todos estos días.



Tambores de la Cofradía de la Humildad (Foto: J. A. Hernández)

En la actualidad sale en la noche del Viernes, pero antiguamente lo hacía en la madrugada del sábado: así consta en un memorial municipal de Zaragoza del siglo XVII, en el que se alude, por cierto, a que a esta procesión acudían los jurados de la ciudad desde 1618. La comitiva salía del Convento de San Francisco, sede de la Venerable Orden Tercera y de la Hermandad de la Sangre de Cristo, pues ambas eran las encargadas de organizarla desde, al menos, mediados del siglo XVI.

Se conserva una descripción de este acto en Zaragoza, fechada en 1666: al acabar la ceremonia del Descendimiento, y colocado el Santo Cristo en su “Cama”, desfilaban los pasos de la Muerte, Jesús con la Cruz a Cuestas, el Descen-

dimiento, la Dolorosa y el Sepulcro, escoltados por frailes y fieles que llevaban hachas encendidas. A principios del siglo XVIII se menciona la presencia de «armados», «cofrades con lutos y hachas», otros «cubiertos» y «enlutados con velas amarillas» y diversos estandartes simbólicos que representaban los instrumentos de la Pasión, las Doce Tribus de Israel, las Cuatro Partes del Mundo en las cuatro esquinas de la “Cama” —que desfilaba bajo palio— y otras banderas e insignias, además de las autoridades eclesiásticas y civiles. En esa época se procuró ampliar el número de pasos para representar todas las estaciones del *Via Crucis*. A finales del XVIII se tallaron muchos y se renovaron otros, de forma que en el año 1800 la Hermandad de la Sangre de Cristo sacaba al menos doce peanas. En 1786 se menciona que la procesión había sido muy concurrida de



Cofradía de la Crucifixión del Señor, en Zaragoza (Foto: L. Serrano)

“terceroles” y que para verla había llegado mucha gente forastera a la ciudad.

A finales del XVIII también se celebraba esta procesión en Huesca: desde la iglesia de los agustinos calzados —sus organizadores—, iba hasta la catedral y, tras un largo recorrido, volvía al punto de partida. En Teruel estaba activa ya en el siglo XVI la Hermandad del “Cristo de los Membriillos”; a principios del XVII, intervenía en la organización del Santo Entierro la Hermandad de la Sangre de Cristo.

Tras la Guerra de la Independencia, en Zaragoza se encargaron de nuevo casi todos los pasos, destruidos durante los Sitios. De estos años datan las primeras noticias acerca de la Sección de la Cama del Señor, a cuyos miembros corresponde portar la carroza del Santo Sepulcro. Su existencia, sin embargo, debe remontarse a mediados del siglo XVII.

Durante el XVIII y primeras décadas del XIX hubo dos procesiones del Santo Entierro en la ciudad: una, organizada por la Venerable Orden Tercera y, otra, por la Hermandad de la Sangre de Cristo; tras la concordia entre ambas en 1827, la Hermandad sería la encargada de organizar, en adelante, la única procesión.

Hasta 1840 se rehicieron o reformaron muchas de las imágenes, se labraron faroles y se bordaron estandartes. Por aquel entonces, el Santo Entierro salía ya de la iglesia de Santa Isabel, sede de la Hermandad de la Sangre de

Cristo. La procesión de 1860 fue estuvo muy nutrida de pasos y elementos simbólicos, soldados a pie y a caballo, tambor y pífanos, figuras del Antiguo Testamento, guardia romana, niños con túnicas y faroles, Sibilas, coros, autoridades y músicos, así como de cofrades y fieles. Aún se procuró dotarla de mayor vistosidad y propiedad histórica a principios del siglo XX, en que se convocó un concurso para su adecuación y reforma. Como resultado del proyecto aprobado, en 1913 la procesión salió con nuevos pasos, trajes y accesorios.



Paso de la Caída de la Cofradía de Jesús Camino del Calvario, Zaragoza, 1956 (Foto: Archivo de la Cofradía de Jesús Camino del Calvario)

Entonces los pasos eran aún llevados en andas. Se les dotó de ruedas a partir de 1935, aunque, en la actualidad, algunas cofradías prefieren volver a llevar sus pasos con

costaleros, al modo tradicional y por influencia de la Semana Santa andaluza.

Tras la Guerra Civil, en Zaragoza se organizaron las procesiones tal como se conocen hoy, con la participación de cofradías filiales de la de la Sangre de Cristo, que custodian los pasos de sus correspondientes advocaciones.



Cofradía de las Siete Palabras, Zaragoza (Foto: L. Serrano)

La procesión de Huesca también se renovó en el siglo XIX: en 1865 se cambiaron los trajes de los soldados romanos y los ministriles, se incorporó el coro de niñas hebreas, se mejoró el paso “de la Burreta” y se hizo el de la Última Cena. Desde 1914 salen las figuras del Antiguo Testamento. También se le dio un nuevo impulso tras la Guerra Civil.

Con mayor o menor vistosidad y riqueza de pasos, por iniciativa de las diversas cofradías o de la parroquia, el Santo Entierro se celebra prácticamente en todo Aragón. De algunos lugares se tiene noticia de su existencia desde hace centurias, como en Caspe (finales del siglo XVI), Barbastro (1619), Tarazona (1649), Calatayud (mediados del siglo XVII), Jaca (principios del siglo XVIII), Borja (1746), etc.

El sellado del Sepulcro

En localidades como Calatayud, Ateca, Borja y Calanda, el momento culminante de la procesión del Santo Entierro es el acto en el que se sella simbólicamente el Sepulcro de Cristo. En un punto determinado del recorrido, el féretro con la imagen de Cristo se coloca sobre un catafalco y los soldados romanos se acercan para comprobar que el cuerpo se halle en su interior. Entonces lo cierran con cuatro clavos, a golpes de martillo.

En Borja, el centurión romano sube a un tablado para cerrar el sepulcro, acompañado por un ángel con los sellos y el martillo. Con lentos movimientos, y en medio del



*El Longinos de Calanda
(Foto: J. A. Hernández)*

sigue allí), por lo que sale en busca del centurión y lo reta a duelo. Ambos luchan a espada y vence Longinos, pues, efectivamente, Cristo ya no está en la tumba, sino que ha resucitado. Con esta sencilla dramatización se sintetizan, en un mismo acto, el entierro de Cristo y su Resurrección.

El paso de la Muerte

En la mayoría de las procesiones del Santo Entierro salía un paso que representaba a la Muerte. Podía ser simple-

silencio general, golpea el arca para poner el primer sello. En ese momento, se rompe el velo del templo. Hoy, ese velo es una cortinilla; en otro tiempo, sin embargo, la tela cubría unas chapas metálicas que se dejaban caer, produciendo un fuerte ruido.

En Calanda, se sella el Sepulcro al término de la procesión: lo hace el centurión romano pasando sus dedos por los cuatro lados de la urna. Tras ello, Longinos se acerca al féretro y ve que el cuerpo no está (aunque la imagen

mente un estandarte, o bien un esqueleto con una guadaña y una tiara y una corona, a sus pies, como símbolo de la igualdad de ricos y pobres ante su presencia implacable.

Todavía subsiste en Borja o en pueblos del Bajo Aragón; pero en muchos otros sitios hubo de ser retirado, pues se creía que en las casas ante cuya puerta se paraba habría una muerte aquel año. Así ocurría en Épila (donde se le llamaba “la Muerte cajalera”), Alcañiz, Borja, Huesca o Ateca.

Rafael Andolz cuenta que, en Huesca, «Los espectadores, si se detenía, se escapaban. Y desde los balcones prorrumplían en verdaderos lamentos a grito pelado. Se intentó tranquilizar a la gente. Se combinaron las cosas para que nunca tuviera que pararse el paso de la Muerte, pero eran inevitables los aspavientos y gritos, y al final tuvieron que suprimirlo y dejó de salir».



*La muerte, estandarte de Calanda
(Foto: J. A. Hernández)*

En algunos pueblos aragoneses, como en otros catalanes y muchos mediterráneos, en las ventanas y balcones de las casas ante las que pasaba el cortejo se colocaban farolillos, velas, candiles y todo tipo de luminarias. En Zaragoza, a finales del siglo XIX, el Concejo pedía al vecindario que alumbrase de este modo la procesión del Santo Entierro. Cabe imaginar el efecto sobrecogedor que provocarían los cientos de lucecitas prendidas así colocadas, junto con las de las hachas de cera que portaban los fieles, cuando no había electricidad. De hecho, la costumbre fue desapareciendo conforme se instalaba el alumbrado público. En Ibdes, se colocaban lamparillas hechas con medias cáscaras de huevo rellenas de aceite y con una mecha, además de candiles.

En Alcañiz se ponían faroles en los balcones durante toda la Semana Santa. En el Matarraña también era una costumbre muy extendida: en Mazaleón, se rellenaban de aceite las cáscaras de los caracoles, con una pequeña mecha; cáscaras del mismo tipo y velas lucían en las casas de Cretas y en las de Ráfales. En las más pudientes, se colocaban también linternas y faroles.

Cabe reseñar que un espectáculo tan impresionante como la Danza de la Muerte que se realiza en la noche del Viernes Santo en la localidad gerundense de Verges se desarrolla, también, a la luz de los caracoles con mechas encendidas que se adhieren a las paredes.



Procesión con bachas encendidas en la noche del Viernes Santo en Andorra (Foto: J. A. Hernández)

En Valderrobres era tradicional comer caracoles para Semana Santa, pues se decía que «Qui menje caracols lo Dijous y Divendres Sant, no li faltan perres en tot l'any». Las cáscaras se guardaban para hacer luminarias similares, pegadas con barro por las fachadas, el día de San Miguel de mayo. Curiosamente, la simbología del caracol está asociada al tema del eterno retorno, a la regeneración constante, por la espiral que forma su concha.

En pueblos como Ráfales y Trasobares, además, se encendían hogueras en el camino de la ermita del Calvario o en las elevaciones próximas, pues la procesión llegaba esa noche hasta allí.



*El “caparrucho” de Biel
(Foto: Archivo Oral de las Cinco Villas)*

Queda señalar, por último, que en zonas como la comarca del Moncayo o las Altas Cinco Villas salían en la procesión unos personajes peculiares llamados “caparruchos” (Biel), “cañeros” (Pintano, Rivas) y “carrapuchetes” (Magallón): vestidos con hábito negro o paños de saco y encapuchados, llevaban una caña o vara con la que obligaban a guardar silencio (sobre todo, a los niños) durante la procesión.

Luis Miguel Bajén y Mario Gros explican así su presencia en Magallón: «Con hábito negro, la cabeza cubierta y portando una vara en forma de cruz, precedían la procesión de Viernes Santo encorriendo a los críos que, provistos de “carras” (carracas), les provocaban con sus canciones. Estos personajes, conocidos también como “regidores”, “capuchinos” o “cipoterros”, representan el peculiar sincretismo de la Iglesia católica respecto a la cultura popular: a pesar de su origen carnavalesco, acaban convertidos en guardianes de las procesiones de Semana Santa, las más serias del curso anual».

Domingo de Pascua: procesión del Resucitado

La mañana de Pascua tiene lugar, en muchos pueblos de España, la procesión del encuentro de Jesús Resucitado con su Madre. Se trata de una tradición basada en un episodio apócrifo, no recogido en los Evangelios, extendida desde época medieval.

Igual que en Martes Santo, los pasos de Cristo y de María desfilan en procesiones separadas y coinciden en un punto determinado de su recorrido. Es muy conocida la de “las Palometas” en Alcañiz, que congrega a una gran cantidad de espectadores. El paso de la Virgen, en este caso, es una granada de considerable tamaño con la imagen de la Virgen en su interior; cuando se encuentra con su Hijo, representado por el Santísimo Sacramento bajo palio, los costaleros que portan la granada hacen tres genuflexiones (que en muchos lugares de Aragón se denominan “cortesías”) y se detienen. En ese momento se abre la granada, descubriendo la imagen de la Virgen, y de ella salen palomas con cintas de colores en las patas.

En Angüés se recuerda una procesión similar a la descrita, aunque en este caso se trataba de golondrinas que salían del manto de la Virgen. En otros lugares, la gente soltaba palomas o pajarillos cuando las imágenes se juntaban.

En Ariza tiene lugar una representación que también se hace en pueblos de Navarra y Castilla, pero no en Aragón:

es “la Bajada del Ángel”. Al producirse el encuentro de María con su Hijo, se hace descender de lo alto a una niña, vestida de ángel, que llega hasta la Virgen, le cambia el manto negro por otro blanco y suelta una paloma.

LAS COFRADÍAS: SU ORIGEN Y DESARROLLO

Las Cofradías surgieron, en la Edad Media, como asociaciones de carácter piadoso destinadas a favorecer la asistencia mutua entre sus miembros, en casos de necesidad. A menudo tuvieron un origen gremial; sin embargo, las hubo también con fines estrictamente piadosos: ejercían la caridad con los pobres y atendían otros menesteres altruistas, como la asistencia a los condenados a muerte o la recogida de cadáveres.

Este último sigue siendo uno de los fines principales de la Hermandad de la Sangre de Cristo, que en Zaragoza existía ya en el siglo XIII, pues en 1280 poseía una capilla en el Convento de San Francisco. En Teruel, las primeras referencias sobre la Hermandad de la Villa Vieja y la Sangre de Cristo datan de los siglos XIII y XIV, aunque sus primeros estatutos conocidos están fechados en 1475. Medievales son también las caspolinas de Nuestra Señora (1320), San Antonio (1392) y Santa Ana (1454). En Huesca está documentada la Archicofradía de la Santísima Vera Cruz desde el siglo XVI.

Vinculadas, por lo general, a la Orden de San Francisco, con la que compartieron sus tareas benéficas, las cofradías colaboraron con ella en la organización de las procesiones del Encuentro, el Pregón y el Santo Entierro.

Su periodo de esplendor se inició en el siglo XVII, merced al impulso dado por la Contrarreforma a las manifestaciones religiosas populares. Los desfiles procesionales se dotaron de nuevos pasos que encargaban y mantenían las cofradías.



Folleto sobre la Semana Santa en Zaragoza (El Noticiero, 1950)

En el siglo XVI eran ya numerosas las existentes en el Bajo Aragón, especialmente en Caspe y Alcañiz, y se fundaron otras en Zaragoza y Barbastro (Cofradía de la Santa Vera Cruz, en 1549), entre otras muchas localidades. Del siglo XVIII son las más antiguas de Jaca: la de Nuestra Señora de la Piedad y el Descendimiento (1734) y la Real Hermandad de la Sangre de Cristo (1749).

Tras muchas vicisitudes y altibajos a lo largo del siglo XIX y principios del XX, en los años cuarenta conocieron otro momento álgido, pues el nuevo poder establecido procuró potenciar activamente las celebraciones religiosas. Tres Cofradías zaragozanas se crearon en plena Guerra: la de la Piedad (1937), la sección de la Virgen de los Dolores (1938), de la Hermandad de San Joaquín, y la de la Entrada de Jesús en Jerusalén (1939). El resto lo fueron, en su mayoría, entre 1940 y 1960, aunque han seguido instituyéndose otras nuevas prácticamente hasta hoy.

Desde hace algunos años, como consecuencia de la popularidad alcanzada por las fiestas de Semana Santa, las Cofradías vuelven a vivir otra etapa expansiva. En Zaragoza son casi 14.000 los cofrades que integran las veintitrés existentes. Todas ellas participan, bajo la coordinación de la Hermandad de la Sangre de Cristo, en la procesión del Santo Entierro, el Viernes Santo.

En Huesca, quince Cofradías colaboran con la de la Vera Cruz en la organización de los mismos actos.

COFRADÍAS DE ZARAGOZA

Hermandad de Cristo Resucitado y Santa María de la Esperanza y del Consuelo

Fundada en 1976 por alumnos y frailes agustinos, tiene su sede en la parroquia de Santa Rita.

Sale en la procesión de la Esperanza, la tarde del Jueves Santo, en la de la Vigilia Pascual, la noche del Sábado, y en la del Encuentro Glorioso el Domingo de Resurrección, su desfile principal. Saca los pasos de Cristo Resucitado (1977) y de Nuestra Señora de la Esperanza (1981). Sus cofrades tocan tambores, bombos, timbales y cornetas.



Cofradía de la Entrada de Jesús en Jerusalén

Fundada en 1938 por un grupo de empleados de banca y entidades de ahorro de la ciudad, tiene su sede en el Colegio de los HH. Maristas.

Sale el Domingo de Ramos por la mañana, en la procesión de las Palmas. Saca el paso de la Entrada de Jesús en Jerusalén (1940, tras la quema del anterior en 1935). Sus cofrades tocan tambores, timbales y bombos, además de matracas (que portan los niños).



Cofradía de la Institución de la Sagrada Eucaristía

Fundada en 1946 por asociaciones eucarísticas, tiene su sede en la parroquia del Perpetuo Socorro.

Sale en procesión en la tarde-noche del Martes Santo, en un *Vía Crucis*, y en la noche del Jueves Santo, en su desfile titular. Saca los pasos de la Santa Cena (1986) y del Cristo del Amor Fraternal (1991). Sus cofrades tocan tambores, bombos, timbales y cornetas.





Cofradía de Nuestro Señor en la Oración del Huerto

Fundada en 1942, por un grupo de labradores y ganaderos, tiene su sede en el Monasterio de las Franciscanas Clarisas de Santa María de Jerusalén.

Sale en procesión en la noche del Martes Santo y en la tarde-noche del Jueves Santo, en su desfile titular. Saca el paso de Nuestro Señor en la Oración del Huerto (1913, Francisco de Borja) y la peana del Cristo de Getsemaní, cuya imagen principal es de principios del siglo XVII. Tocan tambores, bombos, timbales, cajas chinas y cornetas.



Cofradía del Prendimiento del Señor y Dolor de la Madre de Dios

Fundada en 1947, por antiguos alumnos del Colegio de Escuelas Pías, tiene su sede en la iglesia de Santo Tomás de Aquino (PP. Escolapios).

Sale en la procesión del Prendimiento, en la noche del Jueves Santo. Saca el paso titular (José Alegre, 1847), el de la Virgen de los Dolores (principios del siglo XX, Carlos Palao) y el del Cristo Prendido (1992). Sus cofrades tocan tambores, bombos, timbales y cornetas.



Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Señor Jesús de la Humildad entregado por el Sanedrín y de María Santísima del Dulce Nombre

Fundada en 1981 y refundada en 1993, tiene su sede en el Convento de las MM. Agustinas de Santa Mónica.

Sale en procesión en la tarde del Domingo de Ramos y en la noche del Miércoles Santo, en sendos *Via Crucis*. Saca el paso de Jesús de la Humildad (1994) y la imagen de la Virgen del Dulce Nombre (1994). Sus cofrades tocan tambores, bombos, timbales y cornetas.

Real, Antiquísima, Ilustre y Penitencial Cofradía del Señor Atado a la Columna y de Nuestra Señora de la Fraternidad en el Mayor Dolor

Fundada en 1804 y reestructurada en 1940, tiene su sede en la iglesia de Santiago el Mayor.

Sale el Domingo de Ramos por la tarde, en la procesión “del Traslado”, y el Jueves Santo por la noche en su desfile titular. Saca el paso del Señor Atado a la Columna (1949, José Bueno), quizá el más monumental de los zaragozanos, la peana del Santísimo Cristo Atado a la Columna (siglo XVIII), el paso de la Flagelación (1998) y el de Nuestra Señora de la Fraternidad en el Mayor Dolor. Sus miembros tocan tambores, bombos, timbales y cornetas.



Cofradía de la Coronación de Espinas

Fundada en 1804 y reestructurada en 1951 por miembros del Patronato Obrero Católico de Fuenclara, tiene su sede en la iglesia de San Felipe y de Santiago el Menor.

Sale en la mañana y la tarde del Jueves Santo, en sendos *Via Crucis*. Saca el paso de la Coronación de Espinas (1905) y la peana del Busto Coronado de Espinas (Lamberto del Garro, siglo XVIII). Tocaban tambores, bombos, timbales y trompetas.



Cofradía del Santísimo Ecce Homo y de Nuestra Señora de las Angustias

Fundada en 1948, por el Apostolado Obrero de Acción Católica, tiene su sede en la iglesia de Nuestra Señora de Altabás.

Sale en procesión la noche del Miércoles Santo, y en la tarde del Viernes, poco antes del Santo Entierro, que continúa en su recorrido cuando éste termina, hasta la iglesia de San Felipe. Saca el paso del Santísimo Ecce Homo (cuya imagen está datada a finales del siglo XV), el más antiguo de cuantos salen en Zara-



goza y uno de los de mayor calidad artística. Decididos a recuperar aspectos tradicionales de la Semana Santa aragonesa, sus cofrades visten terceroles y tocan matracas.



Cofradía de Jesús de la Humillación, María Santísima de la Amargura, San Felipe y Santiago el Menor

Fundada en 1992, tiene su sede en la iglesia de San Felipe.

Sale en procesión en la tarde del Domingo de Ramos y en la noche del Miércoles Santo, en sendos *Via Crucis*. Saca los pasos de Jesús de la Humillación (atribuido a José Alegre, principios del siglo XIX), de María Santísima de la Amargura (siglo XIX) y del Santísimo Cristo de los Mártires (de principios del siglo XVIII). Sus cofrades tocan tambores, bombos y timbales.



Muy Ilustre y Antiquísima Esclavitud de Jesús Nazareno y Conversión de Santa María Magdalena

Fundada en 1759 y reestructurada en 1940, tiene su sede en la parroquia de San Miguel de los Navarros.

Sale en procesión la noche del Domingo de Ramos y la del Lunes Santo, en sendos *Via Crucis*. Saca el paso de Jesús Nazareno (finales del siglo XVI o principios del XVII), uno de los de mayor interés artístico de la Semana Santa zaragozana. Creó en 1955 una sección de tambores, a la que se añadieron después timbales, bombos y cornetas.



Cofradía de Jesús Camino del Calvario

Fundada en 1938, tiene su sede en la parroquia de Santa Engracia.

Sale en la procesión de las Tres Caídas, la noche de Lunes Santo, y en la del Encuentro, la noche del Miércoles. Saca los pasos de Jesús Camino del Calvario (1818, imagen realizada por Tomás Llovet) y de la Caída del Señor (1941). Sus miembros tocan tambores, bombos, timbales y cornetas.

*Cofradía de Cristo Abrazado a la Cruz
y de la Verónica*

Fundada en 1992, tiene su sede en la parroquia de Nuestra Señora del Carmen.

Sale en procesión en la tarde-noche del Martes Santo, en un *Via Crucis*, y en la mañana del Jueves Santo, en su desfile titular. Saca el paso de Cristo abrazado a la Cruz y la Verónica (1992). Sus miembros tocan tambores, bombos, timbales y cornetas.



*Cofradía de de la Virgen de la Asunción y Llegada
de Jesús al Calvario*

Fundada en 1953 por vecinos del Barrio Oliver, tiene su sede en la parroquia de la Coronación de la Virgen.

Sale en las procesiones de Semana Santa desde 1960: la noche del Miércoles Santo, en un *Via Crucis*, y la del Jueves Santo, en su desfile titular. Saca los pasos de la Llegada de Jesús al Calvario (1828, Tomás Llovet), conocido popularmente como "La Copa" o de "Hiel y Vinagre", y la Llegada al Calvario de la Virgen (1985), además de la peana de Cristo Crucificado.

Sus cofrades tocan tambores, bombos, timbales y cornetas.



Cofradía de la Exaltación de la Santa Cruz

Fundada en 1987 por un grupo de estudiantes y profesionales, tiene su sede en la parroquia de Santa Gema.

Sale en procesión en la tarde del Lunes Santo, en un *Via Crucis* parroquial, y en la tarde del Jueves Santo, en su desfile titular. Saca el paso de la Elevación de la Cruz (1993-98). La peana del paso insignia es portada a hombros por dieciséis hermanos.

Sus miembros tocan tambores, bombos, timbales y cornetas.





Cofradía de las Siete Palabras y de San Juan

Fundada en 1940 por la Juventud de Acción Católica, tiene su sede en la iglesia de Santa Isabel.

Sale en la tarde del Lunes Santo, en un *Via Crucis* parroquial, y en la mañana del Viernes Santo, en la procesión de las Siete Palabras. Saca los pasos de la Tercera Palabra (1948, Félix Burriel) y de la Quinta Palabra (1989). Sus miembros tocan tambores (esta Cofradía fue su introductora en la Semana Santa zaragozana), bombos, timbales y cornetas.



Cofradía de Nuestro Padre Jesús de la Agonía y de Nuestra Señora del Rosario en sus Misterios Dolorosos o del Silencio

Fundada en 1944 por las Juventudes de Acción Católica de la Parroquia de San Pablo, tiene su sede en esta iglesia.

Sale el Domingo de Ramos, en un *Via Crucis*, y en la tarde del Jueves Santo, en la Procesión del Silencio. Saca el paso del Santo Cristo de la Agonía (1588, atribuido a Jerónimo Noguerras y Rolán de Moisés) y el de Nuestra Señora del Rosario (1953). Sus miembros tocan cornetas y trompetas heráldicas.



Cofradía de la Crucifixión del Señor y de San Francisco de Asís

Fundada en 1952 por hermanos de la Venerable Orden Tercera de San Francisco, tiene su sede en la iglesia de San Antonio de Padua.

Sale en procesión en la tarde del Lunes Santo, en un *Via Crucis* parroquial, y en la mañana del Jueves Santo. Saca el paso del Calvario (1841, José Alegre), conocido popularmente como "La Lanzada", y la peana de Cristo Crucificado. Sus cofrades tocan tambores, bombos y timbales.

*Cofradía del Descendimiento de la Cruz
y Lágrimas de Nuestra Señora*

Fue fundada en 1940 por la Real Congregación de la Asunción y de San Luis, del Colegio del Salvador (PP. Jesuitas), donde tiene su sede.

Sale en la procesión de las Lágrimas, la noche del Martes Santo, y en la del Descendimiento, su titular, la noche del Jueves. Saca los pasos del Descendimiento (1847, José Alegre) y de Nuestra Señora en las Lágrimas (escuela de Francisco Salzillo, siglo XVIII). Sus miembros tocan tambores, bombos, timbales y cornetas.



*Cofradía de Nuestra Señora de la Piedad
y del Santo Sepulcro*

Fundada en 1937 (fue la primera cofradía penitencial de la moderna Semana Santa de Zaragoza), tiene su sede en la iglesia de Santa Isabel.

Sale en procesión en la noche del Martes Santo y a las doce de la noche del Jueves al Viernes Santo, en su desfile titular. Saca el paso de Nuestra Señora de la Piedad (1871, Antonio J. Palao) y la peana del Santo Cristo del Refugio (siglo XVII). Fundó una sección de timbales en 1965, posteriormente ampliada con tambores y bombos.



*Congregación de Esclavas de María Santísima
de los Dolores*

Fundada en 1886 y reestructurada en 1946, tiene su sede en la iglesia de San Pablo.

Sale en la mañana del Sábado Santo, en la procesión de la Soledad. Saca la imagen de la Virgen de la Soledad (1867, atribuida a Carlos Palao) y custodia la de la Virgen de la Gloria.





Hermandad de San Joaquín y de la Virgen de los Dolores

Fundada en 1522 por iniciativa de mercaderes y comerciantes de la antigua calle Cedacería, fue reestructurada en 1938. Tiene su sede en la iglesia de Santa Isabel.

Sale en la procesión del Encuentro, el Miércoles Santo por la noche; en un *Via Crucis* parroquial en la mañana del Viernes Santo y en la Procesión de la Soledad, la madrugada del Sábado. Saca las imágenes de la Virgen de los Dolores (1949) y de la Virgen de la Soledad (1856, Antonio Palao). Sus miembros tocan tambores, bombos, timbales y cornetas.



Muy Ilustre, Antiquísima y Real Hermandad de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo y Madre de Dios de Misericordia

Se remonta al siglo XIII y los primeros datos que la relacionan con el Santo Entierro son del XVII, así como sus estatutos más antiguos (1677). Tuvo su capilla en el Convento de San Francisco (actual Plaza de España, 2). En 1813, se estableció en la iglesia de Santa Isabel de Aragón (propiedad del Reino y, hoy, de la Diputación de Zaragoza), donde aún tiene su sede. En ella se depositan los pasos procesionales de las demás Cofradías, pues el cortejo del Santo Entierro, en el que participan todas ellas, las Hermandades y Congregaciones, sale de esta iglesia.



La Hermandad organiza la procesión del Santo Entierro y es propietaria de la mayoría de los pasos procesionales de la ciudad. En su seno se integra la “Sección de la Cama del Señor”, creada a mediados del siglo XVII y responsable de sacar la imagen del Santo Cristo en su féretro cuando sale a la calle. Esta imagen, del siglo XVII, es el paso titular de la Hermandad. También lleva un estandarte real (citado ya a finales del XVIII) y una reproducción del guión de la Ciudad, donado por el Ayuntamiento en 1959.

(Datos extraídos de W. Rincón y A. G^a de Paso, *La Semana Santa en Zaragoza*, 1981, y de la página web de la Junta Coordinadora de Cofradías de Zaragoza: <http://www.turismozaragoza.com/semanasanta/>)

ACUARELAS ORIGINALES DE ENRIQUE SIERRA

LA RESURRECCIÓN



El Sábado de Gloria, con el sonido de las campanas nuevamente recuperado, se daban por finalizadas las tristezas de la Semana Santa: Cristo había resucitado. Todas las celebraciones de estos dos días, Sábado y Domingo de Resurrección —a los que antaño se sumaba, también, el Lunes de Pascua—, estaban impregnadas de un carácter alegre y festivo que daba la bienvenida al renacer de la Naturaleza. Sus rituales se orientaban, además, a procurar la protección de la casa y de la hacienda ante el nuevo ciclo que comenzaba.

RITOS DE PURIFICACIÓN Y PROTECCIÓN

Con la alegría de la Resurrección quedaban atrás, también, los sacrificios de la Cuaresma. Por eso, a la costumbre de que el cura pasase durante estos días por las casas, rociándolas con agua bendita, se le llamaba, precisamente, **“sacar la Cuaresma”**. En el Bajo Aragón y en las comarcas del Este se le da el nombre de “Solispasa”. Se hacía en muchos lugares de Aragón: el sacerdote recorría todas las calles del pueblo acompañado por monaguillos con cestos, en los que se guardaban los donativos (sobre todo, huevos) que las dueñas ofrecían a cambio de la bendición de

su hogar. Los niños iban cantando, mientras tanto, fórmulas petitorias como ésta de Santolaria:

| | |
|---------------------------|---|
| <i>Ángeles somos,</i> | <i>Carne salada,</i> |
| <i>del cielo venimos,</i> | <i>patata preñada,</i> |
| <i>si no nos dan,</i> | <i>tocino fresco p'al señor nuestro</i> |
| <i>luego nos n'imos</i> | <i>y un requesón p'al señor retor,</i> |
| <i>por el camino</i> | <i>p'a que eche buen sermón</i> |
| <i>que hemos venido.</i> | <i>el día de la Ascensión.</i> |

En otros lugares, en vez de pasar el cura eran los vecinos los que acudían a la iglesia a buscar el agua bendita, que ese día tenía un poder especial; las mujeres la esparcían por las habitaciones (en las Altas Cinco Villas, al hacerlo, se iba diciendo: «¡Entre Dios y salga el Diablo!»), pero también se guardaba una poca para echar unas gotas a la calle cuando amenazaba tormenta.

El recorrido benefactor de la aspersion de agua bendita podría tener el mismo objetivo que la costumbre, antes reseñada, de “matar los judíos”, que, a veces, se realizaba dando golpes en las puertas: ahuyentar de cada casa los posibles males futuros.

En las Cinco Villas, L. M. Bajén y M. Gros han documentado varias tradiciones peculiares relacionadas con el Sábado de Gloria: se cogía un número determinado de piedrecillas del suelo (siete en Biel y en Ejea, doce en Sádaba, treinta y tres en Fuencalderas, etc.) para arrojar una de

ellas a la calle cada vez que se presagiaban tormentas. El mismo efecto tenía encender una vela que hubiera estado puesta en el Monumento. En Biota, Fuencalderas o Luesia, al toque de las campanas del Sábado de Gloria se le daba la vuelta a los colchones y se les golpeaba con un palo, diciendo: «¡Salgan chinches del *forau*, que dios ya ha *resucitau!*» o fórmulas parecidas, en la creencia de que los bichos morían al instante.

Jabaloyas es el único lugar que ha mantenido en Aragón la antigua tradición de **“quemar al Judas”**, documentada



“Sacar la Cuaresma”, en Berbegal, bendición tradicional de las casas el Sábado de Gloria (Foto: E. Monesma)

en toda España. El “Judas” es un muñeco relleno de paja, vestido con ropas viejas, al que se “mataba” el Sábado o el Domingo de Pascua utilizando diversos métodos: se le quemaba, o era ahorcado, o se le colgaba en alto para pegarle tiros, etc. En Jabaloyas, los quintos le prenden fuego; pero, antes, ha estado colocado en un lugar bien visible del recorrido de la procesión, de un modo provocador, pues al muñeco se le habían añadido, previamente, unos ostentosos atributos masculinos... Los niños se burlaban de él y le gritaban frases ofensivas, acercándose todo lo posible pero procurando “no ser vistos” por el monigote. Se le acusaba de los vicios con los que hubiera destacado algún vecino ese año, hecho que los antropólogos relacionan con un deseo de que ese muñeco, al ser quemado, purifique a la comunidad en el momento crucial del inicio de un nuevo ciclo de la Naturaleza.

MAYOS Y ENRAMADAS

Los ramos y palmas ya han sido un elemento destacado en estas fechas: los bendecidos el Domingo de Ramos se han puesto en los balcones de las casas y se han plantado en los campos para que protejan la cosecha. En muchos lugares de Aragón, sobre todo de la provincia de Huesca, cuando se encontraban estos ramos durante los trabajos de la siega, los labradores hacían un alto y rezaban una oración que remataban con un trago de vino. Es costumbre,

también, que este día se estrene ropa, porque, como es bien sabido, «El Domingo de Ramos, el que no estrena no tiene manos». Otro signo de renovación.

En la noche del Sábado de Gloria, sobre todo en el Alto Aragón, los ramos eran los protagonistas: los mozos de los pueblos se dedicaban esa noche a “enramar” las casas de las muchachas, sus balcones, puertas o tejados, y al día siguiente pasaban de ronda para que ellas les obsequiasen con huevos y otras viandas.



*Las enramadas de Javierregay
(Foto: E. Monesma)*

Se utilizaba gran diversidad de ramas (de abeto, pino, romero, cerezo florido, laurel, almendro, etc.) adornadas con galletas o peladillas y, sobre todo, naranjas. A veces, se escribía el nombre de la moza a la que se dedicaba el adorno, sobre todo si se pretendía “festejar” con ella. Pero también se podía mostrar desprecio, y entonces se dejaba a su puerta un “carnuz” (animal muerto) o se vertía ante la

casa aceite negro. En Embún y Caldearenas se colocaban ramas de peral, que tienen un significado peyorativo.

En algunos lugares, como Javierregay, se enramaban las ventanas de todas las mujeres solteras, fuera cual fuese su edad. Y en otros, como Plasencia del Monte y Las Peñas de Riglos, se colocaban “aleluyas”, es decir, estampas con la imagen de algún santo.

También en el Bajo Aragón se hacían enramadas, como en Berge, Abenfigo, Molinos y Foz Calanda. Y era costumbre, como en Huesca, hacer ese día la “bendición de términos”, consistente en que el cura, desde algún lugar tradicional, incensaba todos los campos del lugar, para protegerlos.

La tradición de las enramadas, como la de los mayos, se encuentra en toda España y en otros países mediterráneos vinculada a las fiestas de primavera, aunque es más común hacerlas el primero de mayo. Sin embargo, en Aragón también eran propias de la noche de Pascua. Los mozos iban a las afueras del pueblo a buscar el árbol más alto que hubiese, lo cortaban, le quitaban las ramas y lo llevaban, arrastrándolo, hasta la plaza. En un extremo se le colocaba un premio (generalmente, naranjas o embutidos), engrasaban o enjabonaban el tronco y lo plantaban. El domingo, el reto consistía en subir por aquella superficie resbaladiza, alcanzar lo más alto y coger el regalo, en una prueba de resistencia y habilidad. Por la noche, alrededor del mayo, se solía hacer una hoguera y, luego, baile.

En Ráfales existe una costumbre de difícil interpretación: poco antes de Semana Santa, los niños que ese año iban a hacer la comunión arrastraban por todo el pueblo un gran tronco de árbol, al que denominaban la “llumera”, y luego lo llevaban hasta la “Cueva de los Cornuts”. Allí lo encerra-



El mayo en Berbegal (Foto: E. Monesma)

ban hasta el año siguiente. Por el camino, los niños más pequeños iban golpeando el tronco con mazas.

El contacto con la Naturaleza se intensificaba a partir del Lunes de Pascua, en que comenzaba la época de romerías. Esa misma jornada se salía al campo —en muchos lugares, en carros engalanados con ramos y flores—, o hasta alguna ermita, donde se comían las “culecas”, “roscas”, “rosquetas” o “monas de Pascua”. En general, son tortas que esconden en su masa pedazos de embutido o carne y, con más frecuencia, huevos duros. La presencia de los huevos en los ritos de estas fechas se relaciona también con el inicio de la primavera, pues el huevo simboliza la vida que nacerá en el futuro, su renovación.

Tradicionalmente, las madres o abuelas preparaban las culecas para la familia; para los niños, a veces lo hacían las madrinas. En Tauste también se comen en romería, pero el día de San José, en la ermita de esta advocación; es costumbre que la madre del novio prepare a su futura nuera una culeca enorme, con muchos huevos en la masa: se trata de procurarle fertilidad. Después, a los nietos se les hará una “culequica”, del tamaño de un palmo, con un único huevo dentro.

En Teruel, esta celebración tiene lugar el martes; se le llama “el Sermón de las Tortillas” y desde antiguo, al parecer, estaba relacionada con una romería que se hacía a la ermita de la Villa Vieja, hoy casi en ruinas.

EPÍLOGO



Adiferencia de lo que ocurre con muchas otras fiestas populares, las relacionadas con la Semana Santa están experimentando en la actualidad un evidente desarrollo. Sus manifestaciones registran, tanto en Aragón como en el resto de España, una participación masiva. Se recuperan tradiciones, se viven intensamente los preparativos, se rivaliza por organizar los actos más vistosos, se investigan sus raíces, se procura su difusión desde las instituciones...

Desde algunos sectores de la sociedad, sin embargo, se objeta que estas fiestas se han convertido en meros espectáculos hechos para el turismo, pensando tan sólo en los beneficios económicos que éste puede reportar, o para lucimiento de los participantes, más pendientes de la vistosidad de las procesiones y de los tambores que de los aspectos devocionales. Al hilo de esta cuestión cabría, quizá, preguntarse si en otras ocasiones, a lo largo de la historia, no se ha procurado también impulsar este carácter espectacular que posee la fiesta, incluso desde la propia configuración de sus ritos tal y como hoy los conocemos: baste pensar, por ejemplo, en el afán por fomentar sus rasgos más dramáticos o suntuosos por parte de la Iglesia, siguiendo los preceptos de la Contrarreforma, al objeto de impresionar a los fieles y excitar su fervor.

Se señalaba, al comienzo, que la celebración de la Pascua entre los primeros cristianos era extremadamente austera. El cúmulo de manifestaciones de que hoy consta la Semana Santa es el resultado de un proceso de adiciones de ritos diversos, a veces a instancias de la Iglesia, otras por iniciativa de los propios fieles. La fiesta, en la actualidad, sigue viva y evoluciona. Lo que las gentes aceptan, lo que cala en el sentimiento popular de forma espontánea es lo que permanece, por encima de imposiciones o prohibiciones.

Sería deseable, no obstante, que este auge semanasantista se aprovechara para conocer mejor las manifestaciones de la fiesta y sus tradiciones, que son muy diversas, y para que de ese conocimiento naciese el interés por su salvaguarda, como parte del rico patrimonio cultural aragonés.



La cruz en la Pasión de Alcorisa (Foto: J. Rubio)

BIBLIOGRAFÍA



- ABADÍA, A.: *El tambor y el mito*. Ayuntamiento de Samper de Calanda, Samper de Calanda, 1983.
- ADELL, J. A. y GARCÍA, C.: *Fiestas y tradiciones en el Alto Aragón. La primavera*. Editorial Pirineo, Huesca, 1999.
- BAJÉN, L.M. y GROS, M.: *Archivo de Tradición Oral. Cinco Villas*. Centro de Estudios de las Cinco Villas, Institución “Fernando el Católico”. Zaragoza, 1994.
- La tradición oral en el Moncayo*. Aragón LCD, Prames, Zaragoza, 1999.
- CARO BAROJA, J.: *El Carnaval. Análisis histórico-cultural*. Taurus. Madrid, 1965.
- CATTABIANI, Alfredo: *Calendario. Las fiestas, las leyendas, los ritos, los mitos*. Ultramar Editores. Barcelona, 1990.
- GARCÍA DE PASO, A. y RINCÓN, W.: *La Semana Santa en Zaragoza*. Unali, Zaragoza, 1981.
- GONZÁLEZ, C., GRACIA, J. A., y LACASTA, A. J.: *La sombra del olvido. Tradición oral en el pie de la sierra meridional de Guara*. IEA, Huesca, 1998.
- GRACIA RIVAS, M.: *El entierro de Cristo y la Semana Santa borjana*. Centro de Estudios Borjanos, IFC, Borja, 1977.
- LASALA MESEGUER, A.: *Tambores confusos. Una visión antropológica de la Semana Santa de Híjar*. IET, Teruel, 1999.

- PELLICER, J. A.: *Bajo Aragón. Fiestas y tradiciones*. Editorial Certeza. Zaragoza, 1997.
- ROMA, J.: *Aragón y el Carnaval*. Guara, Zaragoza, 1980.
- SÁNCHEZ, E.: «Sólo tambores: ruido, sangre y representaciones en el Bajo Aragón», en *Turia*, nº 19, Teruel, 1991.
- «Festividades y costumbres de primavera en la comarca de Calatayud», en *Temas de Antropología Aragonesa*, Instituto Aragónés de Antropología, Zaragoza, 1983.
- Segundas Jornadas de canto gregoriano*. Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1998.
- Semana Santa en Aragón*. Suplementos especiales de *Heraldo de Aragón*, 23 de marzo de 1997, 5 de abril de 1998 y 28 de marzo de 1999.
- SEGURA RODRÍGUEZ, L.: *Percusión e identidad*. CAI, Zaragoza, 1987.
- La Semana Santa en el Bajo Aragón*. IET, Teruel, 1987.
- SERRANO, E.: *Tradiciones festivas zaragozanas*. Ayuntamiento de Zaragoza, Zaragoza, 1981.
- VV. AA.: *La Semana Santa del Bajo Aragón. Antología*. Centro de Estudios Bajoaragoneses, Alcañiz, 1984.
- VV. AA.: *Actas del Primer Encuentro Regional de Cofradías*. Zaragoza, 1992.



31. **Toreros aragoneses** • Ricardo Vázquez-Prada
32. **El folclore musical en Aragón** • Ángel Vergara
33. **El Canal Imperial de Aragón** • A. de las Casas - A. Vázquez
34. **Los castillos de Aragón** • Cristóbal Guitart
35. **La población aragonesa** • Severino Escolano
36. **La techumbre mudéjar de la Catedral de Teruel** • Gonzalo Borrás
37. **Los balnearios aragoneses** • Fernando Solsona
38. **Emprender en Aragón** • Benito López
39. **Francisco Pradilla. Un pintor de la Restauración** • Equipo de Redacción CAI100
40. **Obras hidráulicas en Aragón** • Carlos Blázquez y Tomás Sancho
41. **Las Órdenes Militares en Aragón** • Ana Mateo Palacios
42. **La moneda aragonesa** • Antonio Beltrán
43. **Los montes, patrimonio natural** • Ignacio Pérez-Soba
44. **Lucas Mallada y Joaquín Costa** • Eloy Fernández Clemente
45. **Los palacios aragoneses** • Carmen Gómez Urdáñez
46. **Realizadores aragoneses** • Agustín Sánchez Vidal
47. **El Moncayo** • Francisco Pellicer
48. **Las reinas de Aragón** • Concha García Castán
49. **Bíbilis Augusta** • Manuel Martín Bueno
50. **La Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País** • José F. Forniés Casals
51. **La flora de Aragón** • Pedro Montserrat
52. **El Carnaval en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
53. **Arqueología industrial en Aragón** • J. Laborda, P. Biel y J. Jiménez
54. **Los godos en Aragón** • M^a Victoria Escribano Paño

- 55. **Santiago Ramón y Cajal** • Santiago Ramón y Cajal Junquera
- 56. **El arte rupestre en Aragón** • M^a Pilar Utrilla Miranda
- 57. **Los ferrocarriles en Aragón** • Santiago Parra de Mas
- 58. **La Semana Santa en Aragón** • Equipo de Redacción Cai100



- 59. **San Jorge** • Equipo de Redacción Cai100
- 60. **Los Sitios. Zaragoza en la Guerra de Independencia (1808-1809)** • Herminio Lafoz
- 61. **Los compositores aragoneses** • José Ignacio Palacios
- 62. **Los primeros cristianos en Aragón** • Francisco Beltrán
- 63. **El Estatuto de Autonomía de Aragón** • José Bermejo Vera
- 64. **El Rey de Aragón** • Domingo Buesa Conde
- 65. **Las catedrales en Aragón** • Equipo de Redacción Cai100
- 66. **La Diputación del Reino de Aragón** • José Antonio Armillas
- 67. **Miguel Servet. Sabio, hereje, mártir** • Ángel Alcalá
- 68. **Los juegos tradicionales en Aragón** • José Luis Acín
- 69. **La Campana de Huesca** • Carlos Laliena
- 70. **El sistema financiero en Aragón** • Área de Planificación y Estudios - CAI
- 71. **Miguel de Molinos** • Jorge Ayala
- 72. **El sistema productivo en Aragón** • Jose M^a García López
- 73. **El Justicia de Aragón** • Luis González Antón
- 74. **Roldán en Zaragoza** • Carlos Alvar
- 75. **La ganadería aragonesa y sus productos de calidad** • Isidro Sierra